

## ESTUDIOS DE VIAGES.



El baño de familia.

25 de octubre de 1843.

TOMO III. 29



## PAISAGE SUIZO.

Si la naturaleza no ha favorecido á la Suiza con un suelo generalmente fértil, ha reunido en él al menos todo lo que puede hacerle pintoresco: á cada paso se encuentran variados monumentos de su grandeza y magnificencia, de suerte, que presenta en su conformación física, los caracteres mas distintos y particulares: altas montañas cubiertas de perpétuas nieves, fértiles valles, infinitos rios y riachuelos que forman sorprendentes cascadas; numerosos lagos cuyas orillas ofrecen encantadores paisajes: tal es el cuadro que presenta este interesante país. En medio de tan sublime naturaleza, ya no existe la duda, pues el hombre no puede menos de sentir sobre sí, el peso de la mano del Criador.

Los recuerdos de tantos nombres célebres como representan estas montañas, ciudades y castillos, aumenta la admiración que inspiran aquellas regiones. Julio César, Guillermo Tell, Napoleon, Rousseau, Calvino, Byron, Madame Stael, Senancourt..... Indudablemente cuando Juan Jacobo recorría las soledades de la Meilleria, cuando contemplaba la aspereza de aquellos sitios salvajes, meditaba las severas páginas que contenian el germen del siglo XIX. El curioso viajero que al atravesar el sombrío valle de Grutli, se pára un momento á examinar aquellas soledades donde Guillermo Tell prometió la libertad del pueblo Helvético, cree oír aun por entre las hojas de las frondosas arboledas, aquel solemne juramento.

Las habitaciones campestres de que abunda la Suiza, están esparcidas acá y allá por los valles, sobre las colinas y sobre las montañas; succédense rápidamente las ciudades y las riberas de encantadores lagos; apiñanse las poblaciones en las llanuras, descúbrense no pocas sobre cimas casi inaccesibles, sin temer fijar su residencia en la region de las tempestades y borrascas; las gargantas, los mas estrechos desfiladeros, las márgenes de las quebraduras y cataratas, la peligrosa vecindad de masas de hielo estréñas en sus formas fantásticas y colosales, no impiden á sus numerosos habitantes establecer allí sus moradas.

Mas no son estas bellezas únicamente las que hacen de Helvecia un país delicioso y poético, sino que tambien sus costumbres puras y sencillas son un inagotable manantial de sensaciones nuevas y variadas. Vamos á presentar dos de estas que forman un contraste admirable: la primera llena de dulce tranquilidad, y la segunda, de muerte y desolación: el baño de familia, y la caída de un alud. Para comprender mejor la primera, bastará echar una ojeada sobre la lámina que motiva este artículo, y se verá cuanta es la elegancia y gusto de las casas suizas, cuyas paredes blancas como la leche, las galerías y

ventanas adornadas con relucientes vidrios, forman una perspectiva agradable. Alzase, porejemplo, enfrente de la casa una fuente sencilla aunque pintoresca; junto á ella una montañesa con su rayado delantal, su sombrero de paja de arroz, sentada en el tronco de un arbol, baña á su querido hijo enteramente desnudo, que al mismo tiempo se divierte con dos lindos patos; su hermanita con un gorro negro, bajo del cual ondean dos hermosas trenzas de pelo rubio como el oro: á otro lado un muchacho con una manzana menos subida de color que sus mejillas, acaso pensando sin saber en qué, una jóven que llega á buscar agua, y que contempla el grupo; todo ello en fin presenta una escena dulcísima y llena de embeleso.

Pasemos despues de haber contemplado este cuadro á considerar el efecto que causa el desprendimiento de una montaña de nieve, y hallaremos un contraste admirable. A su caída produce un estruendo tan sordo, que no tiene comparación con otro alguno; y es tan grande el terror que infunde á aquellos naturales que les deja sumidos por largo tiempo en la mayor consternación. Las crestas de las altas montañas, parecen siempre abrigadas con el vestido blanco del rigoroso invierno que, cual espeso velo cubre aquel terreno, teatro en un tiempo de grandes revoluciones. La caída de la nieve es tanto mas peligrosa cuanto mayor es el espacio en que se estiende, y por la impulsión que dá á el aire. El huracan entonces arrastra todo lo que halla al paso, casas, árboles, arbustos, ganados, nada respeta en su impetu furioso y desolador. Los caminos se cubren de nieve 4 ó 5 varas algunas veces; montes de nieve vienen al suelo con la misma facilidad que si fuesen ligeros copos: un árbol corpulento arrancado de raíz vá á parar á la puerta de una casa que se estremece tambien con la fuerza del huracan, crujen las maderas, se hacen pedazos los vidrios y en medio de tan triste escena se ven obligados los habitantes á abandonar sus moradas. ¡Triste espectáculo! ¡El mundo parece estar en las últimas agonías! A la pálida luz de la luna, se ven multitud de rostros desencajados de hombres, mugeres y niños, que habiéndose podido salvar en medio de la total ruina de sus casas, vagan errantes buscando un asilo que les proteja. En medio de tanto desastre, se llena el alma de un pavor religioso, al ver al cura cumpliendo los cargos de su ministerio entre aquellos infelices. Es ciertamente solemne y magestuoso el ver á este grave prelado, conducir el Santo Viático por medio de aquellos desgraciados que con las cabezas desnudas se arrodillan sobre la blanca alfombra, alzan la vista al cielo y en medio del rumor lejano que producen los hielos al caer por entre los escabrosos montes, entonan el terrible *Dies ira*.

Al diasiguiente de tan terrible escena, vuelven aquellos rudos montañeses á sus tareas acostumbradas, y la salida del sol reanima sus abatidos espíritus, y cuentan á los viajeros que desean informarse, todos los pormenores de los desastres pasados.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.

El asunto de que vamos á ocuparnos no pertenece á la historia de España; pero es tan popular que de seguro serán pocos de nuestros lectores los que no hayan oído hablar de él, y sin embargo hasta hace tres ó cuatro años el origen del prisionero de la Bastilla ha estado cubierto

con un velo impenetrable. Desde que en 1745 aparecieron las *Memorias de Persia* de un autor anónimo, publicadas por la compañía de libreros de Amsterdam, los dramaturgos, los novelistas y los eruditos han trabajado constantemente, unos para sacar partido de un acontecimiento, que por lo maravilloso se presta tanto á las obras de imaginación, y otros para formar sistemas mas ó menos verosímiles acerca del personaje encerrado bajo la doble guarda de un calabozo y una máquina.



Todos cuantos han tratado esta materia desde Voltaire hasta nuestros días, convienen en que ha existido en el vecino reino de Francia un hombre encerrado, primero en las islas de Santa Margarita, y luego en la Bastilla donde murió en el reinado de Luis XIV, cubierto siempre con una máscara de hierro ó terciopelo: solo Alejandro Dumas en su obra titulada *Un año en Florencia*, niega la existencia de la máscara de hierro y despues de relatar las diferentes opiniones de otros escritores concluye: «que no debe creerse nada y que la máscara de hierro no ha existido» (1). Descubrimientos posteriores á la época en que escribió el citado libro, el ilustrado autor del *Conde de Montecristo*, han evidenciado que se equivocaba negando tan rotundamente un suceso, que á la verdad mas que histórico puede pasar por fabuloso. Un cautiverio tan prolongado acompañado de precauciones tan estraordinarias, no puede menos que parecer inverosímil, así como escita un interés estraordinario en favor de la victima.

Nosotros vamos primero á reproducir los sistemas inventados, para explicar la causa de tan raro acontecimiento, despues referiremos algunos pormenores de la vida del prisionero, y por último, designaremos cual de los sistemas es el verdadero, anotando la circunstancia que le ha dado el carácter de tal, por parecernos que así logramos mejor sin alterar la verdad histórica, mantener el interés del lector, conservando el órden cronológico.

Es indudable que la ignorancia del nombre ha salvado del olvido al Hombre de la Máscara de Hierro, ó por lo menos le ha dado esa celebridad europea; porque si desde luego se hubiera tenido un conocimiento exacto de quien fué aquel desgraciado, de fijo se hubiese confundido entre los acontecimientos vulgares. El esmero que se tuvo en borrar todas las señales que pudieran dar lugar á satisfacer la menor conjetura, ha hecho que se busque algun medio que ponga en claro la existencia de un hombre que desapareció sin dejar vacio; cuyo suplicio tan estraño como inaudito ni puede concebirse ni explicarse, ofreciendo la personificación poética de todos los padecimientos, y el resumen de todas las injusticias de la tiranía y de las miserias humanas.

—¿Quién era el hombre enmascarado? pregunta Mr. Arnould, autor de un drama representado en París con estraordinario éxito en 1851. ¿Había cambiado por el silencio de un encierro la voluptuosa vida del cortesano, las intrigas del diplomático, el cadalso del proscrito ó el estruendo de los campos de batalla? ¿El amor, la gloria ó el trono eran los recuerdos que le atormentaban habiéndose desvanecido todas sus esperanzas? ¿Eran imprecaciones las que exhalaba, maldiciones contra sus verdugos, y blasfemias contra el cielo, ó solo suspiros de un alma contrita y resignada? La misma desgracia arranca diferentes quejas segun quienes son los que la experimentan; y cuando la imaginacion se traslada bajo las bóvedas de Pignerol y de Exilles, cuando se encierra en las islas de Santa Margarita y en la Bastilla, testigos sucesivos de aquella prolongada agonía, cada cual se entrega al acaso de sus conjeturas creándose al prisionero segun su capricho ó sus simpatías, y se forja sus dolores con arreglo á sus propias emociones. La imaginacion se exalta al recordar aquel mudo destino, aquel largo monólogo del pensamiento no revelado por la fisonomía, aquel aislamiento de cuarenta años encerrado bajo un doble recinto de piedra y de hierro. Entonces el objeto de sus meditaciones toma un aspecto magestuoso, le anuda por su misteriosa existencia á los intereses mas elevados, y se obstina en ver en el prisionero, la victima de un profundo secreto de estado, inmolado, tal vez, para asegurar la tranquilidad de los pueblos y la salvacion de una monarquía».

No se crea que estas reflexiones de Mr. Arnould sean

esclusivamente hijas de su exaltada y poética imaginacion: cuando se medita con calma sobre los hechos que pasan por verídicos, se afirman y robustecen; porque lo mas natural que se presenta á la sensatez del hombre pensador, es, que un secreto guardado durante tantos años, con tantas precauciones y perseverancia acerca de la edad, nombre y fisonomía del prisionero, solo ha podido exigirlo una de las mas poderosas necesidades políticas. La cólera, el aborrecimiento, la venganza, no son susceptibles de tanta dureza y encarnizamiento: ni aun la crueldad es suficiente para explicar un tormento tan prolongado. Aun suponiendo que Luis XIV hubiera sido el principe mas cruel del globo, teniendo tantas torturas donde escoger, ¿para qué había de haber inventado la caprichosa máscara, constituyéndose voluntariamente en la obligacion de mantener al rededor del prisionero, multiplicadas precauciones y una eterna vigilancia? Continuamente se veria asaltado por el temor, de que el terrible secreto penetrara al través de la doble muralla en que estaba encerrado, y este temor debería acibarar su existencia. ¡Y sin embargo, ha respetado la vida de un cautivo tan difícil de guardar, y cuyo descubrimiento ocasionaria tantos peligros! La muerte secreta que hubiera puesto término á su ansiedad y alejado la tormenta no se decretó; todo lo cual prueba, que las medidas adoptadas con el prisionero, fueron dictadas por un interés meramente político; y que la conciencia del rey se limitaba al rigor puramente necesario para asegurarse del secreto, sin atreverse á disponer de los días de un desgraciado que probablemente no había cometido crimen alguno.

Si el prisionero de la Bastilla hubiera sido un enemigo del rey, los cortesanos, cuya costumbre no es li-songear á aquellos, se habrían abstenido de los miramientos y consideraciones con que Mrs. de Saint Mars y Luvois trataban al hombre de la máscara, lo que revela tanto la inocencia del personaje cuanto su elevada gerarquía.

Esta consideracion ha hecho que se tenga por mas admisible el sistema de Mr. de Soulavie, que es tambien el primero de que nosotros vamos á ocuparnos.

El abate Soulavie era secretario del mariscal de Richelieu. Cuando publicó su sistema había ya muerto el illustre duque, y su secretario declara haberlo tomado de uno de sus cuadernos que tenia por título: *Relacion del nacimiento y educacion del desgraciado principe, separado de la sociedad por los cardenales Richelieu y Mazarino, y encerrado por orden de Luis XIV, compuesta por el ayo del principe en su techo mortuario.* (1)

Cuenta el ayo anónimo, que el principe, de quien no se había separado hasta sus últimos momentos, era hermano gemelo de Luis XIV, que nació el día 5 de setiembre de 1658, á las ocho y media de la noche, mientras estaba cenando el rey, y cuando menos podían esperar un segundo parto, mediante á que Luis XIV había nacido el mismo día á las doce de la mañana. Empero, unos pastores habían profetizado el día antes, que si la reina daba á luz dos delines, acontecerían grandes calamidades en Francia. La profecía llegó á oídos del rey Luis XIII, supersticioso en sumo grado. Llamó al momento al cardenal de Richelieu y le consultó sobre lo que debería hacerse: el astuto prelado, sin creer en el vaticinio contestó, que si ocurría un acontecimiento tan deplorable, convendría ocultar el niño para ahogar sus pretensiones á la corona. Con efecto, habiendo advertido la partera á S. M. que la reina volvía á sentir dolores de un segundo parto, el rey hizo venir al obispo de Meaux, al canceller, al señor Honorat, á la partera llamada Peronet y al mismo ayo, y delante de la reina, para que pudiera oírlo, les hizo jurar por su cabeza, que jamás revelarían el nacimiento del se-

(1) T. I. pág. 165.

(1) Dumas: *Un año en Florencia*, tomo I pág. 159.



gundo delfín, pues quería que fuera un secreto para el estado, atendido que pudieran ocurrir desgracias, puesto que la ley Sállica no declaraba nada respecto á la herencia de la corona caso que nacieran dos hijos al mismo tiempo.

Cumplida la fórmula del juramento, la reina dejó también cumplida la profecía de los pastores, dando á luz un niño que inmediatamente fué confiado á la partera, y criado en secreto para reemplazar al delfín caso de que falleciese. De lo contrario estaba condenado de antemano á la oscuridad mas completa acerca de su origen.

La partera crió al delfín cual si fuera su hijo, haciéndole pasar por el bastardo de un gran señor que le pagaba con esplendor; pero cuando el niño cumplió seis años, se presentó á reclamarlo un caballero que tenía orden de continuar educándole en secreto como un *hijo de rey*. El ayo y el niño partieron para Bretaña.

Crecía el niño ignorando su origen, pero era tan parecido á Luis XIV que el ayo temía á cada instante le reconocieran. Así pasaron diez y nueve años, manifestando el príncipe tales deseos de averiguar quien era, que el ayo se vió en graves compromisos para ocultárselo: por último, cierto día en el fondo de un cajón, que habia quedado abierto por inadvertencia, el jóven encontró una carta de Ana de Austria, en la que declaraba su nacimiento. Aunque poseedor de esta prueba, el jóven quiso tener otra. Su madre hablaba casualmente de su maravillosa semejanza con Luis XIV que tanto asustaba al ayo, y trató de procurarse un retrato del rey su hermano para juzgar por sí mismo. La criada de una posada se encargó de comprárselo en la ciudad inmediata, y con efecto, luego que le hubo en su poder vió confirmado cuanto decía la carta. El príncipe con este descubrimiento corrió al cuarto del ayo, y enseñándole el retrato de Luis XIV—«Hé aquí á mi hermano! le dijo; y designándose á sí mismo añadió:—«Y hé aquí quien yo soy!»

El ayo no perdió tiempo en dar cuenta á Luis XIV de lo ocurrido, y este por su parte no se descuidó tampoco en enviar por el mismo correo la orden, para que el jóven y su ayo fueran encerrados en la misma prision: y luego, como al través de sus paredes se pudiera reconocer la contra prueba del gran rey, el gran rey mandó que el rostro de su hermano estuviera cubierto bajo de una máscara de hierro, tan hábilmente fabricada, que sin quitársela nunca, pudiera ver, respirar y comer. Esta fraternal recomendación fué ejecutada al momento.

Tal es el sistema del abate Soulavie, reasumido por Mr. Dumas en su viaje á *Florenia* ya citado (1): tal es también el asunto del drama de los señores Fournier y Arnould que tan popular se ha hecho en Francia. No han faltado sin embargo escritores que lo combatan con razones muy atendibles, pero como nosotros no nos hemos propuesto reproducir mas que los sistemas, pasamos á otro que se supone confeccionado en Holanda bajo la influencia del rey Guillermo, y hé aquí su contesto, segun A. Dumas en su citada obra de *Un año en Florenia*.

El cardenal de Richelieu, se llenó de orgullo cuando tuvo conocimiento del amor que profesaba á su sobrina Parisiatis, Gaston duque de Orleans, hermano del rey, y con la mayor formalidad propuso el enlace al príncipe. Pero el hijo de Enrique IV, que si bien le agradaba la señorita Parisiatis para querida, no encontraba el mismo atractivo para hacerla su muger, contestó á la insolencia del primer ministro con un bofetón. El cardenal era rencoroso, pero el hermano del rey no podia ser tratado como Bouteville ó Montmorency; necesitaba, empero, vengarse, y para conseguirlo se puso de acuerdo con su

sobrina y el padre José. No pudiendo separarle la cabeza de los hombros, trató de quitarle la corona de la cabeza.

La pérdida de esta corona debía ser tanto mas sensible para Gaston, cuanto que ya la creía segura. Hacia veinte y dos ó veinte y tres años que su hermano estaba casado, y la Francia esperaba en vano un delfín.

El plan de Richelieu, segun el sistema anónimo holandés, fué el siguiente.

Un jóven llamado C. D. R. hacia años que estaba enamorado de la muger del rey. El cardenal enamorado también de Ana de Austria, habia observado que la reina no era insensible á aquel amor: ocultó sus celos, hasta el momento que creyó poder sacar partido, ahogándolos en su pecho para dar lugar á la venganza.

Una noche, C. D. R. recibió un billete de mano desconocida en el que se le decía: que si quería presentarse en el parage que se le indicaba, consintiendo que se le vendáran los ojos, seria conducido á un sitio donde hacia tiempo deseaba ser presentado. El jóven era valiente y aficionado á aventuras: corrió á la cita, dejóse vendar los ojos, y cuando le quitaron la venda se halló en el cuarto de Ana de Austria á quien amaba.

A la mañana siguiente, la reina dijo al cardenal: habeis ganado al fin vuestra mala causa, pero procurad, señor prelado, y haced de manera que no me sea negada la misericordia celestial, en que me han hecho confiar vuestros religiosos sofismas. Cuidad de mi alma!

El autor del anónimo atribuye á esta aventura el nacimiento de Luis XIV, hijo de Luis XIII, por efecto de transubstanciacion, y ofrece la segunda parte que no se ha publicado; pero como añadía que esta segunda parte contendría la fatal *catástrofe* de C. D. R. se imaginó que consistía en el descubrimiento que hizo Luis XIII de los amores de la reina, cuyo precio pagó C. D. R. con una prision perpétua y una máscara de hierro. Las iniciales quieren decir ó el conde de Riviere ó el conde de Beaufort.

Hasta aquí Mr. Dumas. El libro á que se refiere fué impreso en Colonia en 1692, casa de Pedro Marteau, y se titula: *Los amores de Ana de Austria, esposa de Luis XIII con Mr. el C. D. R. verdadero padre de Luis XIV, rey de Francia, en el que se espresa estensamente como se arreglaron para dar un heredero á la corona, los resortes que se pusieron en juego, y por último el desenlace de esta comedia*. El autor era orangista, á sueldo del rey Guillermo, antagonista de Luis XIV, y á pesar de las cinco ediciones que se tiraron de su libelo, no pudo convencer á nadie de la ilegitimidad del monarca francés.

El tercer sistema es el de Saint-Foix: si no tiene el mérito de la verosimilitud, posee al menos el de la originalidad. Saint-Foix, era un hombre de mucha imaginacion, que no estaba por la abstinencia, ni por aquellos á quienes agradaba. Resultaba de aquí, que se desayunaba con chuletas y vino de champagne, y escribía la historia despues de almorzar.

Una mañana leyendo á Hume, encontró que el duque de Montmouth no habia sido decapitado como se habia dicho, sino que uno de sus partidarios que se le asemejaba mucho habia consentido en morir en su lugar, mientras que el hijo natural de Carlos II, cuya sangre respetaron á pesar de ser ilegítimo, fué trasladado secretamente á Francia y condenado á prision perpétua.

Entonces, Saint-Foix, arrastrado por su romántica inclinacion, dedicóse á hacer pesquisas, y topó con un libro anónimo y apócrifo titulado: *Amores de Carlos II y Jacobo II reyes de Inglaterra*. En este libro se decía:—«La noche que siguió á la de la pretendida ejecucion del duque de Montmouth, el rey, acompañado de tres hombres, vino por sí mismo á sacarle de la torre. Cubriéronle la cabeza con una especie de capucha, y el rey y los tres hombres entraron con él en el coche.»

(1) El tomo VIII de los Crímenes célebres, publicados en Paris en este año, pag. 288, contiene la memoria original del ayo que acabamos de extractar. Mr. Arnould la cita, con los demas sistemas, en apoyo de las razones que le decidieron á adoptarla para el asunto de su drama.



Otro testimonio invoca además Saint-Foix, de mucha más importancia que el del coronel Heleton, á quien el autor del libro apócrifo apela para su cita, el del padre Saunders, confesor de Jacobo II. Con efecto, el padre Tournemine que había ido con el padre Saunders á hacer una visita á la duquesa de Montmouth, después de la muerte del ex-rey, oyó á su viuda estas palabras: «En cuanto á mí, nunca perdonaré al rey Jacobo que haya consentido en la ejecución del duque de Montmouth, faltando al juramento que había hecho sobre la hostia al lado del lecho mortuario de Carlos II, que le había recomendado respetarla siempre la vida de su hermano natural, aun cuando se revelara contra él». Entonces el padre Saunders contestó: — «Señora, el rey Jacobo ha respetado su juramento.»

Según Saint-Foix, el hombre de la máscara de hierro, no fué otro que el duque de Montmouth, salvado del cadalso por Jacobo II, á quien Luis XIV prestaria al mismo tiempo las islas de Santa Margarita para su hermano y el palacio de San German para él.

El sistema de Saint-Foix se confeccionó para batir en brecha el de Lagrange-Chancel, quien pretendía, según dicho de Mr. de Lamothe-Guerin, gobernador de las islas de Santa Margarita en 1738, es decir, en la misma época en que él se encontraba preso en ellas, que el hombre de la máscara de hierro, era el famoso duque de Beaufort, que desapareció en 1669 en el sitio de Candia. La versión de Lagrange-Chancel es la siguiente.

En 1664 Mr. de Beaufort había perdido por su insubordinación y ligereza, la gracia, sino aparente, real de Luis XIV, que perdona la con dificultad la fortuna que habían tenido tanto en agradarle como en desagradarle.

Además, que Mr. de Beaufort nunca le había agradado, porque el gran rey no gustaba de rivales.

A principios de 1669, Mr. de Beaufort recibió orden de Colbert de ir á defender á Candia, sitiada por los turcos: siete días después de su llegada, esto es, el 26 de junio, el duque hizo una salida, pero arrastrado por su valor ó por su caballo no volvió á parecer. Novailles, su colega en el mando de la escuadra francesa, se limita á decir en sus memorias, libro IV, página 243: «El duque de Beaufort encontró un destacamento de turcos que perseguía á algunas de nuestras tropas: se puso á su cabeza y peleó con mucho valor; pero le abandonaron y no se ha vuelto á saber después lo que fué de él».

Según Lagrange-Chancel, el duque no fué cogido por los soldados del sublime emperador, sino por los del rey cristianísimo, y en lugar de cortarle la cabeza, se la embutieron dentro de la máscara de hierro. El cambio no era ventajoso.

El cuarto sistema tiene visos y existen muchas probabilidades de pertenecer á Voltaire, publicado con prodigioso éxito por el autor anónimo de las *Memorias para ilustrar la historia de Persia*. En ellas, como en la *Historia amorosa de las Galias*, se refieren anécdotas de la corte de Francia. Designase al rey bajo el nombre de *Cha-Abbas*, al delín con el de *Sephi-Mirza*, al conde de Vermandois, con el de *Giafer*, y el duque de Orleans con el de *Ali-Homajou*. A la Bastilla se la llama la *Fortaleza de Ispahan*, y á las islas de Santa Margarita la *ciudadela de Ormus*. He aquí la anécdota con los nombres verdaderos.

Luis de Borbon, conde de Vermandois, era hijo natural de Luis XIV y de mademoiselle de Lavalliere. El rey quería con pasión á este, como á todos los bastardos, y el príncipe lleno de orgullo, en una discusión con el delín se atrevió á darle un bofetón. Era un ultraje hecho á la magestad real, que Luis XIV no podía perdonar, ni aun á sus hijos naturales, y decidió enviarlo á Holanda, con la que se estaba en guerra á la sazón. Llegó al campamento aleccionado por su madre, en términos, dice mademoiselle de Montpensier, que era de esperar su conversión; pero el 12 de noviembre por la noche se sin-

tió malo y murió el 19. Esta desgracia fué la consecuencia de una orgía en la que había bebido demasiado aguardiente (1). Otros apuntes dicen, que murió de fiebre maligna ó peste. Pero el autor del sistema asegura, que se esparció esta voz para alejar á los curiosos de la tienda del joven príncipe, que no estaba muerto, sino adormecido por un narcótico, y que despertó con una máscara de hierro sobre la cara.

Según el mismo autor, Ali-Homajou, es decir Felipe II duque de Orleans y regente de Francia, fué á visitar al conde de Vermandois á la Bastilla á principios de 1723. Adoptóse la resolución de dar libertad al prisionero, pero en el mismo año murió el regente de una apoplejía fulminante.

El quinto sistema pertenece al baron de Heiss, antiguo capitán del regimiento de Alsacia. Está desenvuelto en una carta escrita en Phalsbourg, fechada á 28 de junio de 1770. La carta se publicó en el *Compendio de la historia de Europa*: hé aquí su análisis:

El duque de Mantua tenía convenido vender su capital al rey de Francia, de cuya idea lo disuadió su secretario Matthioli, aconsejándole por el contrario que se uniera á la liga formada contra Luis XIV. El rey que se creía ya en posesión de Mantua, resolvió vengarse del consejero. En su consecuencia el marqués de Aery embajador de Francia, convidó al desgraciado Matthioli á una partida de caza á dos ó tres leguas de Turin; y en un sendero estraviado, fué sorprendido por doce caballeros que le embutieron la cabeza en una máscara y le condujeron á Pignerol: como esta fortaleza estaba demasiado próxima á Italia, fué trasladado á Exilles, y de aquí sucesivamente á las islas de Santa Margarita y la Bastilla.

El sexto sistema no tiene otro autor que esas voces que se circulan, sin saber de donde vienen, ni la razón en que se apoyan. El hombre de la máscara, según estos rumores, no era otro que Enrique Cromwell, hijo segundo del protector de Inglaterra, que desapareció de la escena del mundo sin saberse como. ¿Pero por qué había de haberse enmascarado á Enrique, cuando su hermano mayor Ricardo, vivió pública y tranquilamente en París?

Mr. Dufey de la Yonne publicó un libro en octavo en 1789, titulado: *La Bastilla ó memorias para ilustrar la historia del gobierno francés desde el siglo XVII hasta fines del XVIII*. El sistema de este autor está fundado en el siguiente pasaje de las memorias de madame Motteville: «La reina en aquel instante, sorprendida al verse sola, é importunada por algún sentimiento apasionado del duque de Buckingham, gritó llamando á su escudero á quien riñó porque la había dejado».

Según Mr. Dufey, el grito dado por Ana de Austria fué el último. El duque de Buckingham, cada vez más enamorado, fué también cada vez más querido, como lo prueba la anécdota de los herretes de diamantes: tuvo un hijo de la reina Ana, que Luis XIII no conoció nunca, pero que fué descubierto por Luis XIV, y al que enmascaró por respeto al honor de su madre. La sangrienta muerte del duque de Buckingham, podía haber sido la expiación de su felicidad, y casi se asegura que el puñal de Felton, no solo era de manufactura francesa sino también de fábrica real.

Restanos hablar del sistema de Jacob el bibliófilo, confeccionado en 1837. Según este, el Hombre de la Máscara de Hierro no fué otro que el desgraciado Fonquet, cuya muerte se publicó oficialmente, porque habiendo intentado fugarse, el gran rey castigó su abortado proyecto con la aplicación de la ingeniosa máquina. ¿Cuál de estos sistemas es el verdadero? Eso es lo que sabrá el lector si tiene la paciencia de concluir el artículo; pero antes nos permitirá que le refiramos algunas particularidades relativas al prisionero.

(1) *Memorias de mademoiselle de Montpensier.*



En el intervalo del 2 de marzo de 1680 al 1.º de setiembre de 1681 apareció en Pignerol el Hombre enmascarado, desde donde se le trasladó á Exilles, cuando Mr. Saint Mars pasó de gobernador de la primera fortaleza á la segunda. Permaneció en ella seis años. En 1687 Mr. Saint Mars fué nombrado gobernador de las islas de Santa Margarita á las que se hizo seguir por su prisionero. Al llegar á las islas, Saint Mars escribió á Mr. de Louvois el 20 de enero de 1687: «Daré de tal modo mis órdenes para la custodia de mi prisionero, que puedo saliros garante de su completa seguridad.»

En efecto, el bueno de Saint Mars hizo construir espresamente una prision modelo. Piganiol de la Force dice, que solo entraba la luz por una ventana que daba al mar, y abierta á quince pies de altura de la muralla: además de las primeras barras, estaba asegurada por tres rejas de hierro establecidas entre los soldados de la guardia y el prisionero.

En las islas de Santa Margarita, rara vez entraba Saint Mars en la habitacion del preso, por temor de que oyeran su conversacion.

En su consecuencia, cuando entraba dejaba abierta la puerta del corredor, y de este modo podia hablar y ver quien llegaba al mismo tiempo. Cierto dia, el hijo de un amigo suyo que habia ido á pasar una temporada en la isla, vino á pedirle el permiso de tomar un bote que le condujera á tierra: descubrióle en el umbral de la puerta. En aquel momento, la conversacion del prisionero con Mr. de Saint Mars deberia ser muy animada, porque el último no oyó los pasos del jóven hasta que estuvo muy inmediato. Dió un salto, cerró la puerta con violencia, y preguntó palideciendo al jóven si habia visto u oído alguna cosa. El jóven, señalando el lugar en que se encontraba, le demostró que era imposible. Mr. de Saint Mars se repuso: hizo partir en el mismo dia al jóven, y al escribir á su padre el motivo añadia: «En poco ha estado que esta aventura no haya costado cara á vuestro hijo; os lo envío por temor de que sea victima de una nueva imprudencia.»

Aconteció otro dia, que el de la máscara de hierro, á quien servian en vajilla de plata, escribió algunas líneas en un plato con un clavo que habia conseguido procurarse, y arrojó el plato al través de la triple reja del calabozo. Un pescador encontró el plato á orillas del mar, y juzgando que pertenecía á la vajilla del castillo, lo llevó al gobernador.

—¿Has leído lo que está escrito en este plato?

—No sé leer, respondió el pescador.

—¿Lo ha visto algun otro mas que tú?

—Lo acabo de hallar en este instante, y lo he traído al momento á V. E. ocultándolo bajo mi chaqueta, no fuera que me tuvieran por un ladrón.

Mr. de Saint Mars reflexionó por un momento, y haciendo en seguida seña al pescador de que se retirara, añadió:

—Vete! vágate la fortuna de no saber leer.

Al año siguiente, un practicante de cirugía que tuvo un hallazgo semejante, fué menos afortunado que el pescador. Vió flotar sobre el agua una cosa blanca, y la recogió: era una camisa muy fina, y en la que á falta de papel, con hollín desleído en agua y el hueso de un pollo cortado en forma de pluma, habia escrito el prisionero toda su historia. Mr. de Saint Mars le hizo la misma pregunta que al pescador. El practicante respondió que sabia leer pero que temiendo que aquellas líneas encerrasen algun secreto de estado se habia abstenido de leerlas. Mr. de Saint Mars despidió al muchacho con semblante preocupado, y á la mañana siguiente le encontraron muerto en su cama.

Casi al mismo tiempo murió el criado que servia al Hombre de la Máscara: una pobre muger que se ofreció á reemplazarle, enterada que debia renunciar al mundo y á su familia para siempre, no quiso aceptar por ningun dinero ser encerrada por toda la vida.

Mr. de Saint Mars recibió en 1698 la órden de transferir su prisionero á la Bastilla. Fácil es concebir que las precauciones se redoblarían durante un viaje tan largo. El Hombre enmascarado iba en una litera que precedia al carruaje del gobernador. Muchos soldados la rodeaban, con órden de hacer fuego sobre el prisionero si intentaba fugar ó hablar con alguién. Al paso por sus tierras de Plateau, Mr. Saint Mars se detuvo un dia y una noche. Comieron en una sala baja, cuyas ventanas daban al patio: podia verse por ellas comer al carcelero y al cautivo; este volvía la espalda á la ventana. Era alto, su vestido oscuro, y estaba cubierto con la máscara, escapándose por detrás algunos cabellos blancos. Mr. de Saint Mars, sentado enfrente de él, tenia una pistola á cada lado de su plato. Serviales un solo criado, y cada vez que entraba y salía, cerraba la puerta con llave.

Por la noche, Mr. Saint Mars, se hizo preparar un catre de viento contra la puerta, y durmió en el mismo cuarto que su prisionero.

Las mismas precauciones se adoptaron al dia siguiente. Los viajeros llegaron á la Bastilla el jueves 18 de setiembre de 1698 á las tres de la tarde. El hombre de la máscara de hierro fué conducido á la torre Baziniere donde permaneció hasta la noche, en la que Mr. Dujonca, le trasladó por sí mismo al tercer cuarto de la torre de la Bertaudiere, el cual, dice el diario de Mr. Dujonca, habia sido amueblado con todo lo necesario. En el mismo diario se lee, que el señor Rosanges, agregado á la comitiva de Mr. de Saint Mars, venia encargado desde las islas de Santa Margarita para servir al prisionero, cuyos alimentos costeaba el gobernador.

Pero desde el lance de la camisa encontrada en el mar, el mismo gobernador le servia á la mesa, y despues de la comida levantaba los manteles; además le habia prohibido espresamente hablar con nadie ni mostrar su rostro, en los cortos instantes que consentia en abrir la cerradura de la máscara, pues en caso contrario, los centinelas tenían órden de hacerle fuego.

Algunos escritores aseguran que tocaba perfectamente la guitarra, y que en este egercicio empleaba gran parte del dia, como si con él lograra distraer sus penas.

El desgraciado prisionero permaneció en la Bastilla desde el 18 de setiembre de 1693 hasta el 19 de noviembre de 1703. En el diario citado se lee la siguiente nota con la última fecha espresada: «El prisionero desconocido, siempre cubierto con la máscara de terciopelo negro, (1) se sintió peor ayer al salir de misa, y murió hoy á las diez de la noche sin haber experimentado una grande enfermedad. Mr. Giraut, nuestro capellan, le confesó ayer. Sorprendido por la muerte, no ha podido recibir los sacramentos, y nuestro capellan le ha auxiliado en la última hora. Ha sido enterrado el martes 20 de noviembre á las cuatro de la tarde en el cementerio de Saint-Paul. El entierro ha costado 40 libras.»

En los registros de difuntos de la iglesia de Saint-Paul, se encontró la siguiente nota:

«El año de 1705 á 19 de noviembre, Marchialy, de edad de 45 años, poco mas ó menos, ha fallecido en la Bastilla, y su cuerpo sepultado en el cementerio de Saint-Paul su parroquia, el 20 de dicho mes, á presencia de Mr. Rosanges, mayor de la Bastilla, y de Mr. Reih, cirujano de la misma, que firman.»

Pero lo que no se encuentra ni en los registros de la parroquia ni en los de la Bastilla, es que las precauciones adoptadas durante la vida del prisionero se continuaron despues de su muerte. Desfiguraron su rostro con vitriolo, para que no pudiera ser reconocido caso de exhumacion: quemaron todos sus muebles, desenterraron su habitacion, registraron el piso y todos los

(1) El color y la inclinacion á lo maravilloso, habrá dado el nombre de hierro á una careta de otra especie.





rincones de ella, raspando las paredes y blanqueándolas de nuevo.

Desde el 19 de noviembre de 1705 hasta el 14 de julio de 1789, permaneció todo en la mayor obscuridad: tan espesas eran las murallas de la Bastilla, y tan bien cerradas estaban sus férreas puertas. Pero llegó un día en que los muros fueron derribados á cañonazos, las puertas destruidas por el hacha del pueblo, y los gritos de libertad resonaron en el fondo de aquellos calabozos, emblemas de la eternidad, y en los que hasta el eco que los repetía, sonaba como un mensaje de muerte.

Las primeras atenciones del pueblo vencedor fueron para con los vivos. Ocho prisioneros únicamente se encontraron en la sombría y siniestra fortaleza. Entonces se dijo que algunos días antes, mas de sesenta infelices habían sido trasladados á diferentes Bastillas del estado.

Satisfecha la curiosidad respecto á los vivos se ocupó de los muertos. Entre las grandes sombras que apa-

recian en medio de las ruinas de la Bastilla, se levantaba mas gigantesca y sombría que las demas la fantasma cubierta con la máscara de hierro.

Corrieron al patio de la Bertaudiere, cuya torre habia sido habitada durante cinco años por el prisionero, pero en vano examinaron las paredes, los cristales, el piso: fueron inútiles cuantas pesquisas se hicieron para descubrir algun rasgo trazado por la ociosidad, la resignacion ó la desesperacion, sobre aquellos archivos de piedra que los encarcelados se legan al morir los unos á los otros; el secreto de la máscara de hierro parecia haberse sepultado con él y con sus verdugos.

De repente se oyeron grandes gritos en el patio. Uno de los vencedores habia descubierto el registro mayor de la Bastilla, en el que se notaba la entrada y salida de los prisioneros, inventado y establecido por el mayor Chevalier.

Llevóse el registro á la municipalidad, cuyos miem-



bros quisieron por sí mismos descubrir el real secreto tanto tiempo guardado. Se abrió por el año 1698. El folio 120 que correspondía al jueves 18 de setiembre había sido rasgado. Faltando la hoja de entrada se buscó la de salida. La correspondiente al 19 de noviembre de 1705 faltaba como la del 18 de setiembre, y esta doble laceración bien comprobada, desvaneció toda esperanza de descubrir el secreto del Hombre de la Máscara de Hierro.

Tal ha sido el estado de este asunto hasta el año 1841 que los periódicos franceses anunciaron haberse hallado un manuscrito de Mr. de Saint Mars, por el que se comprueba que el sistema de Soulavie de que hemos hablado al principio es el verdadero: que el preso era efectivamente un hermano de Luis XIV nacido el mismo día, algunas horas después que este, y que la máscara que usaba era de terciopelo negro cerrada con corchetes por detrás; que no se la quitaba nunca, pues la parte que cubría la mandíbula se movía por medio de un muelle de acero que le permitía comer y beber, sujetándose con un candado cuya llave tenía su inseparable carcelero. Todas las explicaciones, en fin, dadas por Soulavie se hallan comprobadas en el manuscrito de Saint Mars sobre cuya autenticidad parece no haber duda, y cuyo dictamen es irrecusable por la circunstancia de haber sido Saint Mars la persona encargada de la educación del príncipe hasta que descubierto por este su verdadero origen á causa de la fatal semejanza, el maestro y el discípulo se convirtieron aquel en guardián y este en víctima espiatoria de las preocupaciones de sus padres y miras políticas de su hermano.

El caballero de Taulés en su Memoria, refiere la historia de otra máscara de hierro, víctima de la política rusa. Este era el duque de Phalarés, natural de Avignon en Francia, á quien la belleza de su muger y sus propios desarreglos habían hecho un tanto célebre. Entregado desde su juventud á una vida licenciosa y corriendo de aventura en aventura, se fijó algún tiempo en Mecklenburgo, cuyo príncipe reinante lo tomó á su servicio. La princesa Ana, hija de este soberano, se estaba educando entonces en San Petersburgo, al lado de la emperatriz su

tía, y habiendo prohibido por razones de estado la corte de Rusia que se correspondiesen el padre y la hija, éste imaginó enviar á Phalarés para ponerlo en comunicación con la princesa; pero apenas el joven emisario había atravesado la frontera rusa, cuando un destacamento de caballería rodeó el coche, y el comandante manifestó políticamente al duque que había recibido orden de escoltarlo hasta San Petersburgo. En vez de tomar este camino lo condujeron á una fortaleza aislada, en las inmediaciones de Moscou, donde á semejanza del prisionero de la Bastilla, se ocultó á todas las miradas y murió al cabo de algunos años. No arrojó por la ventana ningún plato de plata, sino que imaginó otro medio más eficaz, aunque le sirvió en su daño. A fuerza de paciencia consiguió domesticar algunos pichones de las palomas que anidaban en la torre de la fortaleza, hasta el extremo de lograr que viniesen á comer á su mano, y les ató al cuello billetes en que se leían las siguientes palabras: *El duque de Phalarés, súbdito del rey de Francia, está cruel é injustamente encerrado en un castillo cerca de Moscou.*

Esta correspondencia de nueva especie, transmitida á varias partes del imperio, llegó hasta la corte de Rusia que hizo encerrar más estrechamente al prisionero y desde entonces no volvió á hablarse de él. La princesa Ana fué más adelante madre del emperador Ivan, destronado por Isabel, hija de Pedro el Grande, y murió á los 22 años, asesinado en un calabozo por sus propios guardias.

Como el caballero de Taulés no da otras explicaciones respecto á los motivos que produjeron la desgracia del duque de Phalarés, queda naturalmente el deseo de saber el fundamento en que se apoyó la precaución de ocultar el rostro en una máscara á un hombre desconocido en Rusia, y que por lo mismo ningún peligro ofrecía el que lo viesen. Si el hecho es cierto, no hallamos que se pueda atribuir más que al espíritu de imitación, que á lo que parece no era menos contagioso en el siglo XVII que lo es en nuestros días.

UN CONTEMPORÁNEO.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### LA ESCARAMUZA DE LA REINA.

—o—o—o—

I.

Apenas el sol despuntando por el oriente doraba las elevadas cumbres de Sierra Nevada, y hacia tomar su colorido bermejo á las torres de Granada, cuando se relevaban las centinelas y escuchas que habían permanecido toda la noche vigilantes sobre las murallas. Flotaba aun en ellas el estandarte del Profeta, que ansiaban abatir las tropas de Castilla y Aragon, apretando cada vez más el rigoroso asedio. Ocupábanse, pues, los musulmanes, en guarnecer con gente de refresco todo el circuito de sus murallas, cuando los repetidos gritos de «á las armas» hicieron acudir sobre el parapeto á cuantos pudieran manejarlas en caso de necesidad. Dirigieron todos su vista á la campiña, donde se notaba entonces un movimiento extraordinario. No quedaba duda de que las tropas castellanas habían salido de sus acantonamientos y se encaminaban hacia la ciudad.

El valiente é impetuoso Muza, aquel que era por en-

tonces la única esperanza de Granada, aquel que sobreponiéndose á las pasiones y á los intereses de partido, supo conservar su brazo y espada para Granada y solo para Granada; Muza también acudió á la muralla, y con ceñudo semblante se puso á mirar á la campiña, cual si intentara sorprender los movimientos del enemigo; pero las tropas que este iba presentando, más que columnas de ataque, parecían el pomposo séquito de una marcha triunfal. Percibíanse á lo lejos las sonatas guerreras de los clarines y trompetas, á cuyo armonioso compás marchaban las huestes y escuadrones, y distinguíase en el centro de aquel cuerpo de ejército, una lucida comitiva con todo el lujo de las cortes y de los palacios: comitiva preparada para un torneo más bien que para un lance de guerra, á juzgar por los vistosos arreos de los caballos, y los frondosos penachos de los caballeros.

Todas estas tropas del campamento de los reyes católicos, después de haberse aproximado algún tanto á vista de Granada, cambiaron de repente de dirección, y con la misma serenidad que si diesen un paseo militar, fueron á situarse por escalones en las colinas de Zúbia, las que desde lejos dominaban bastante bien á Granada.

Muza, que había seguido con la mayor atención lo



movimientos del enemigo, se creyó que todo aquel alarde de fuerza, no tenía mas objeto que insultar á los moros de Granada provocándolos al combate, y no pudiendo su altivo genio soportar tranquilo semejante idea, se volvió hácia los capitanes que le rodeaban, y con voz alterada por la cólera les dijo:

—Ya lo veis: esos orgullosos cristianos no se contentan ya con tenernos encerrados dentro de estos muros, sino que con insultante audacia se llegan á desafiarnos

hasta las mismas puertas de Granada! Ahora bien, mis fieles guerreros, mostrémosles cual es todavía nuestro poder, y no demos lugar á que se lisongeen de tenernos cercados cual cobardes ovejas, si aun podemos caer sobre ellos cual tigres, blandiendo nuestras cortantes cimitarras. Yo soy el primero que desenvaino la mia, pero que me sigan no solo las tropas disponibles, sino cuantos habitantes hay en Granada, capaces de manejar una lanza. ¡Id! al punto á reunirlos en Bib-Arrambla.



Puerta de Bib-Arrambla.

Obedecieron sumisos todos los capitanes las órdenes de su altivo jefe, y poco tiempo despues de esta arenga, desfilaban bajo el arco de la puerta de Bib-Arrambla, las tropas moriscas que se dirigian al combate. El escuadron predilecto del gallardo Muza, se distinguia por lo fogoso de los caballos y los albornoces de escarlata de los ginetes. Apenas el animoso caudillo se vió al frente de estas tropas, las contempló por un momento con satisfaccion, y rompiendo la marcha, se dirigieron al trote largo hácia las filas enemigas.

## II.

Isabel primera de Castilla, conocida mas comunmente con el nombre de ISABEL LA CATÓLICA, por ser este un título de gloria y un nombre de orgullo para todos los españoles, era no solo una muger verdaderamente extraordinaria en su sexo, sino una princesa adornada de todas las cualidades indispensables para reinar, grangeándose el afecto de los pueblos, y dejar grata memoria á la posteridad. Ya se nos presentará ocasion de tributar los merecidos lauros á esta magnánima princesa, por su virtud, su sabiduría y su prudencia; por el desvelo maternal que le merecian sus pueblos, y por la constancia heroica con que supo sobrellevarlos reveses con que la providencia quiso acrisolar su heroismo. Pero esta matrona tan bella y tan modesta, estaba dotada de una constitucion orgánica adecuada á la energia de su alma, y vistiendo la pesada armadura del guerrero, daba muestras de su ánimo varonil, ostentándola con magestad en los campos de batalla. Grato será tambien contemplarla alguna vez en el teatro

de sus victorias, entonces que su carácter emprendedor la incitaba á ensanchar los límites de sus reinos, lanzando para siempre á la africana orilla á los ominosos dominadores de la España.

Para dar á entender su firme propósito de no desistir de esta empresa hasta terminarla gloriosamente, habia venido la reina Isabel, acompañada de sus damas, á reunirse con su esposo Fernando en el ejército sitiador de Granada. Las ventajas de esta resolucion ya se echaron de ver desde la misma llegada de la reina. Estableciöse mayor orden en la colocacion y arreglo de las tiendas de campaña y clasificacion de las tropas, cesando las rencillas que entre los orgullosos señores nunca dejaban de suscitarse, cuando se trataba de mantener ilesos sus antiguos fueros y preeminencias. Los viveres que antes escaseaban, empezaron bien pronto á estar de sobra, merced á los considerables medios de transporte que dispuso la reina, á pesar de que habia que ensanchar las veredas de las montañas y allanar los caminos para facilitarles el paso; coincidiendo esta feliz disposicion con la de interceptar á los moros los viveres que les venian de la Serrania, de modo que los recursos empezaron á abundar en el campamento, al mismo tiempo que escaseaban en Granada. Pero nada era comparable á la influencia moral que la llegada de la reina habia de ejercer en los enemigos, anunciándoles una resolucion decisiva en contra suya.

Deseaba mucho la reina Católica gozar las ponderadas vistas de Granada y contemplar á lo menos desde lejos aquella ciudad que tanto anhelaba poseer. Su esposo don Fernando consideró como un deber suyo el cumplir los deseos de la reina, y como desde Zubia podia muy



bien verse la Alhambra, dominando los mejores barrios de Granada, eligieron aquel punto para que en él se fijase la reina, llevando tropas que sirviendo de escolta á su augusta persona fuesen al mismo tiempo una columna expedicionaria de ataque, en caso de que los moros hiciesen alguna tentativa, puesto que Zubia distaba todo lo mas una legua de Granada. Este era el objeto del movimiento que tanto habia alarmado á los habitantes de aquella ciudad.

Deliciosa era en efecto la vista que se disfrutaba desde el punto escogido para mansion de la reina. Las casas de Granada, de poca apariencia en lo exterior, como situadas en estrechas y tortuosas calles, hacian mejor efecto vistas desde lejos, porque á favor de los declives del terreno se podian descubrir los jardinillos que encerraban en lo interior. Las fortalezas del Alhambra y del Albaicin sobre sus respectivas colinas, aumentaban la hermosura de este risueño cuadro, cuyo fondo, rebajado entre vapores, le formaban las cordilleras de Sierra Nevada con sus perpétuos hielos. Semejante espectáculo no podia menos de avivar los deseos de los católicos reyes y los de todo el ejército por poseer aquella joya; pero cuando mas gozosos contemplándola estaban, lejana y confusa griteria, repetidos disparos y llamada de trompetas, les anunciaron la salida y el ataque de los enemigos.

### III.

No queriendo la reina Isabel que corriese la sangre por lo que ella reputaba un mero capricho de ver á Granada, habia prohibido á sus tropas el trabar escaramuza con los moros, previniendo á los capitanes que se mantuviesen solamente á la defensiva. En virtud de estas órdenes terminantes, el marqués de Cádiz que mandaba el primer cuerpo avanzado al frente de la colina en que estaba la reina, guardó inalterable su posicion, sin dar muestras de aceptar, ni de esquivar el combate. Difícil si no imposible era contener el ardor bélico de ambos partidos y tanto mas cuanto que los moros, animados con la incomprensible inaccion de los cristianos é interpretándola como un efecto de su cobardia, no solo los molestaban con sus denuestos, sino que les enviaban copiosas granizadas de flechas. Habíase mantenido el marqués en silencio sin responder de modo ninguno á las provocaciones de los infieles; pero no sucedió lo mismo cuando sintió en su escudo los golpes de las flechas y cuando vió caer algunos de sus valientes guerreros espuestos á los mortíferos tiros del enemigo. Creyó entonces que era mēnqua de su valor el permanecer en tal inaccion; perdió de todo punto la paciencia y lanzando su grito de guerra, salió á despejar el frente, arrollando la caballeria morisca.

Al ver rotas las hostilidades levantaron sus voces y sus plegarias al cielo las damas y las personas de la régia comitiva que ocupaban lo alto de la colina: era aquella muy diferente escena de la que habian creído presenciar. Mas que de una simple escaramuza, presentaba ya la campiña el aspecto de una batalla. Muza envió al instante tropas para reforzar á los suyos, que eran atacados por el marqués de Cádiz y preparó la artilleria que habian sacado de la plaza. Por parte de los cristianos se iba aumentando cada vez mas el número de los combatientes. El gallardo conde de Tendilla voló al socorro del marqués de Cádiz, siguiéndole á poco tiempo las huestes que acaudillaban el conde de Cabra y el señor de Alcaudete. Entonces se hizo general la refriega con daño de los moros, que llegaron á perder en ella hasta dos mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. En vano el arrogante Muza hizo prodigios de valor: rota su lanza en los escudos enemigos, blandiendo su ensangrentada cimitarra y abandonado casi al instinto de su caballo, entraba y salia por lo mas intrincado de los

combatientes, animando y dirigiendo á los suyos y abatiendo á sus pies al temerario que se esponia á ser blanco de su furor. Avínole bien el no encontrarse con alguno de los adalides de renombre del campamento cristiano, á los que él por otra parte tampoco deseaba encontrar, persuadido con su sereno valor de que para sacrificarse por su patria, (como así lo hizo despues) siempre estaba á tiempo, cuando se convenciese de que su brazo ya era insuficiente para contener su ruina. Pero ni el ejemplo de Muza, ni el ardor con que habian salido de Granada podian contener á los moros, cuando un nuevo incidente, llenándolos de terror, vino á completar su dispersion.

Bajaba desde las colinas de Zubia hácia el campo de batalla un lucido escuadron de gente armada, á cuyo frente y sobre un arrogante palafren, se divisaba una persona de airosa figura, con peto, espaldar, brazaletes, celada y demas piezas de armadura, centelleantes á fuerza de bruñido.—¡La reina!... ¡Viva la reina! gritaban por todas partes, y este grito mágico parece que redoblaba el ardor de los soldados castellanos; en unos, porque creian que la reina estaba en peligro, y en otros, porque mil vidas que tuvieran las sacrificarian llenos de entusiasmo por aquella inclita princesa.

De los moros se apoderó el mas pánico terror, al saber tenian tan inmediata á su ilustre enemiga. Algunos abencerrajes, á quienes sobran motivos de disgusto dentro de Granada, se rindieron espontáneamente á las tropas cristianas, y el mismo Muza, á pesar de su indomable valor, cuando oyó aquellas festivas aclamaciones, paróse abatido, exclamando:

—¡La reina está en el campo?... ¡Cierta es la ruina de Granada!

Hizo sin embargo los mayores esfuerzos para sostener la funesta retirada de los suyos, y con los que pudieron salvarse volvió tristemente á encerrarse en la ciudad. Era la primera vez que volvia vencido aquel guerrero audaz, acostumbrado en sus frecuentes salidas á llevar la muerte y el espanto hasta el centro del campamento cristiano.

### IV.

Mas inquietados hubieran sido los moros en su retirada, si los continuos toques de las trompetas no hubiesen hecho desistir de su persecucion á los indignados castellanos. La reina dió órden de que cesase la matanza, siempre pesados de que por causa suya se hubiese suscitado aquella contienda. Por esta causa, disimulando la satisfaccion de la victoria, salió al encuentro del marqués de Cádiz, y le dijo con voz severa:

—Marqués, ¿así cumplis la palabra que disteis de guardar á la reina?

Iba el impetuoso marqués á replicar; pero al ver la cifra de Isabel grabada en la visera del casco de quien le hablaba, se arrojó al punto del caballo, y bajandola punta de su sangrienta espada, fué á hincar la rodilla ante su soberana, diciendo:

—Perdonad, señora, disposed como gustéis de quien se atrevió á desobedeceros. Aun no sabia yo por experiencia cuan difícil es á un caballero español el abstenerse de triunfar á vista de su reina.

Alzó entonces la visera la ilustre Isabel, y con la alhagüena expresion y benévola sonrisa de su semblante ya dió á entender al marqués cuan satisfecha quedaba de su noble conducta y mucho mas, cuando invitándole á cobrar su caballo, le hizo ir á su lado al pasar por delante de las tropas vencedoras: demostracion que tácitamente indicaba que á él era debido el triunfo de aquel día, que segun varios historiadores fué el 18 de junio de 1491.

A pesar de todo, así las tropas como sus gefes y los



caballeros castellanos, en quienes el valor no estaba reñido con la galantería, atribuyeron á la presencia de la magnánima Isabel la victoria que acababan de conseguir, cediendo en honor suyo todo el prez de la batalla de que había sido testigo.

Por esta causa, entre todas las acciones memorables

de esa sublime y caballeresca conquista de el último baluarte de los moros en España, la que fué honrada con la presencia de la Católica Isabel, se ha distinguido siempre en la historia con el nombre de la *Escaramuza de la Reina*.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



### LA DOCTORA DE ALCALA.

No ha muchos años que en nuestro país se ponía en duda la capacidad intelectual del bello sexo, fundándose en las doctrinas de Aristóteles, tan degradantes para esa bella mitad del género humano. Los ejemplos que se citaban en contrario eran mirados como fenómenos, mas bien que como casos comunes, hasta el punto de que uno de los hombres mas eruditos del siglo pasado tuviera que tomar la pluma para combatir este error en su *teatro crítico*. En el día la disputa ha pasado á otro terreno, y demostrada la aptitud de la muger para estudios profundos se ha puesto en duda la oportunidad de esta innovacion. Como sucede siempre en todas las cosas humanas una reaccion ha provocado otra en sentido contrario, y los defenso-

res del bello sexo han llevado sus doctrinas hasta un punto que pudiera conmovir los fundamentos de la sociedad actual. Esta exageracion ha provocado el ridículo y la amarga sátira que encierran las palabras *bas-bleu* con que se designa la literatura femenil en el vecino reino. Por fortuna en España el abuso no ha llegado á tal extremo, y antes bien el talento de algunas señoras que cultivan con éxito la literatura, ha sido generalmente aplaudido, haciendo recordar el largo catálogo de mugeres que en varias épocas sobresalieran en España por su ingenio y profundo saber.

Aun cuando el espectáculo de una muger adornada con las insignias doctorales no fuese nuevo en el orbe literario, lo era efectivamente en España hasta que obtuvo este honor la célebre literata, cuyo nombre vá á la cabeza de este artículo. Una española llamada Juliana Morell, había recibido en Aviñon el grado de doctora en jurispru-



dencia: la universidad de Bolonia lo habia conferido igualmente en filosofía á otra italiana llamada Dorotea Bucca, honrándola ademas con el cargo de una cátedra. En la universidad de Alcalá no era nuevo esto último, pues en los primeros años de su fundacion habia visto á la hija del célebre Nebrija regentar la cátedra de su padre, cuando los achaques de la vejez le impedían asistir á ella. Faltábale empero poder contar en su seno alguna de las notabilidades femeninas que han sobresalido en nuestra patria ya que algunos príncipes eminentes no se habian desdichado de sentarse en su claustro. Este honor estaba reservado á uno de los talentos que contribuyeron á embellecer el reinado de las letras, durante el feliz de Carlos III... á saber la célebre doña María Isidra, Quintina de Guzman y la Cerda, hija de los Sres. condes de Oñate.

Era esta señora natural de Madrid, donde vió la luz primera el día treinta y uno de octubre de mil setecientos sesenta y ocho; sus padres don Diego de Guzman Ladrón y Guevara marqués de Montealegre y conde de Oñate y doña María Isidra de la Cerda, condesa de Paredes, al ver las felices disposiciones que presentaba ya desde niña para el estudio de las ciencias, confiaron su educacion al acreditado literato don Antonio Almarza, el cual supo aprovechar de tal modo las facultades de su laboriosa discípula, que á la edad de diez y siete años poseía esta un caudal de conocimientos, nada comunes muchos de ellos en esta época, cuanto menos en la suya.

No le faltaba dentro de su familia ejemplos que imitar: su antecesora doña Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, se habia hecho notable en el siglo XVII por su vasta erudicion y por algunas obras piadosas que diera á la prensa, ó conservan con aprecio sus ilustres descendientes.

La fama literaria de doña María habia llegado á tal punto en aquella época, que la Academia Española, que se hallaba entonces en el apogeo de su esplendor, se dignó admitirla por sócia el día 2 de noviembre de 1784. Con este motivo, leyó un discurso de accion de gracias, ó como dice la portada del impreso, *oracion del género eucarístico*, para darlas á tan ilustre corporacion por el favor que le hacia, admitiéndola en su seno. El estilo de aquel discurso, aunque correcto, es algun tanto ampuloso, segun el mal gusto que aun no se habia corregido enteramente en aquella época. Este discurso fué leído el día 28 de diciembre de aquel mismo año, por la autora y á presencia de toda aquella ilustre corporacion.

Este desusado honor hizo concebir á los padres y amigos de doña María, el deseo de optar á otros no menos notables y estraordinarios, solicitando el que fuese laureada por la universidad de Alcalá. Hallábase al frente de aquel establecimiento, su reformador don Pedro Diaz de Rojas, amigo personal de varios de los ministros y relacionado con la familia de los condes de Oñate, y para obviar las dificultades que pudieran oponerse á la recepcion, indicó la oportunidad de que se espidiese una real orden para dicho objeto. Consiguiose ésta al momento y se dirigió al consejo en estos términos, segun hemos podido verla en la universidad literaria de esta corte, que la conserva con aprecio, como digna sucesora de la de Alcalá.

«El rey en atencion á las distinguidas circunstancias de doña María Isidra de Guzman y la Cerda, hija del marqués de Montealegre, y enterado S. M. de las sobresalientes cualidades personales de que está dotada, permite y dispensa en caso necesario, que se confieran á esta señora por la universidad de Alcalá, los grados de filosofía y letras humanas, precediendo los ejercicios correspondientes. Lo que participo á V. S. de su real orden para que haciéndolo presente al consejo se tenga entendido en él.»

Aranjuez 20 de abril de 1785.

EL CONDE DE FLORIDABLANCA.

El consejo trasmitió al punto la orden al cancelario Rojas, y pocos dias despues recibió otra por la cual se encargaba al claustro particular de cancelario, rector y consiliarios, en union con los catedráticos de prima, el arreglo del ceremonial para la colacion del grado, con objeto de suprimir de él todo lo que no fuera compatible con el decoro de su sexo, como la reclusion para el exámen, los abrazos á los decanos en señal de fraternidad, &c.

Luego que estuvo dispuesto lo necesario, como exigian el lustre de la universidad y de la persona á quien se trataba de honrar, se trasladó aquella señora, en union con su familia, á la ciudad de Alcalá, donde llegó el día 5 de junio, acompañada de lo mas lucido de la corte. El alojamiento se habia dispuesto con toda suntuosidad en el palacio arzobispal, donde pasó aquella misma noche una comision del claustro con todo aparato para cumplimentar á los recién venidos. A las diez de la mañana del día siguiente, se presentó en el mismo palacio con igual solemnidad la comision encargada del exámen: compuesta del cancelario, rector, catedráticos de prima de todas las facultades y doctores á quienes correspondia por turno.

El secretario dió los tres piques en las obras de Aristóteles, segun costumbre, y la aspirante eligió el segundo correspondiente al cap. I. del lib. II de Anima, sobre el cual formuló la proposicion siguiente: *Anima hominis est spiritualis*.

El día 5 por la mañana era el destinado para el ejercicio de exámen, el que tuvo lugar en la antigua capilla de la universidad, donde se conserva el sepulcro de Cisneros, por ser el local mas capaz de aquel edificio. Doña María pronunció un elegante discurso académico en latin sobre el dicho tema con mucho desembarazo, desde la cátedra que para aquel objeto se le habia dispuesto. El espectáculo era grandioso y brillante, y ademas del claustro pleno de doctores que asistian de ceremonia, se calculó en mas de seis mil personas las que presenciaron el acto, sin otras muchas que no lograron entrada, por ser inmenso el concurso de gentes que habia marchado allá desde la corte. En seguida le arguyeron los tres catedráticos de prima, y concluidos los argumentos, los doctores ó maestros en artes le hicieron preguntas por espacio de mas de una hora. En el programa que se imprimió con gran lujo en un cuaderno en cuarto, ofrecia ademas de estos ejercicios responder en griego, latin, francés, italiano, ó castellano á las preguntas que se le hicieran sobre los asuntos siguientes: origen, partes y variedades de cada uno de estos idiomas, y traducir de repente cualquier trozo de los cuatro primeros al castellano; sobre la retórica, sus géneros de elocuencia y aplicacion, mitología, geometría, tratando no solamente su importancia, sino con la demostracion de las proposiciones de Euclides y resolucion de cálculos; geografía en toda su latitud, filosofía general, lógica, ontología, teología natural, psicología, física general y particular, con los tratados de animales y vegetales y el sistema del orbe, y finalmente la filosofía moral con la demostracion de los deberes del hombre, regla y fin de las acciones &c.

Hemos tenido algunas veces curiosidad de preguntar á varios doctores antiguos de Alcalá, que habian asistido al ejercicio, si habia sido este una mera ceremonia hija de la adulacion, ó si creian á la doctora capaz de haber cumplido en un rígido exámen lo que ofrecia en su vasto programa. La respuesta que nos dieron siempre fué favorable al mérito de dicha señora: creian que llenaba con exceso los requisitos necesarios entonces para aspirar al doctorado en filosofía y que hubiera obtenido este con mucho brillo, aun cuando no hubieran mediado su noble alcurnia y el sexo á que pertenecía. De todos modos despues de hora y media de preguntas á que respondia con tanta modestia como desembarazo, al llegar á



la votación, el claustro se negó á tomar las medallas para votar y la publicó doctora por aclamación: igualmente rehusaron todos los jueces los emolumentos que les correspondían por el ejercicio.

Al día siguiente 6 de junio, toda la universidad con su música y dependientes vino acompañándola desde el palacio arzobispal hasta la capilla de la universidad, en la cual se debía conferir también el grado: además del claustro iba en su compañía casi toda la grandeza de España y muchos altos funcionarios, con no pocos individuos del cuerpo diplomático que deseaban presenciar tan extraña ceremonia. Conducía la borla en una magnífica bandeja don Diego Isidro de Guzmán, hermano de la doctora, vestido de colegial Manrique, para cuya beca había sido presentado por su mismo padre, en cuya casa ha radicado el patronato de aquel célebre colegio, hasta que ha sido suprimido en 1842. Hizo de padrino para el elogio académico de los méritos literarios de la doctora, el doctor don Juan Francisco del Valle, López de Salazar, consiliario y orador mayor de la universidad, el cual encomió no solamente la erudición de doña María, sino también la erudición y las virtudes de algunos de sus ascendientes, y en seguida la nueva doctora recibió la borla azul de manos del cancelario, entre los aplausos de la multitud y los sonidos de una gran orquesta colocada en el coro para solemnizar el acto, el cual concluyó luego que doña María pronunció un elegante discurso latino para dar gracias á la universidad. Esta en vez de recibir las propinas regaló á los circunstantes varias medallas de plata que había hecho acuñar para solemnizar y perpetuar la memoria de aquel acto. Además hizo pintar al acreditado artista don Joaquín de Inza un retrato de la doctora en que la representa con el traje que llevó el día de la ceremonia, á saber; muceta de raso azul con grandes lazos de lo mismo sobre vestido negro, tal como la representa el grabado que va á la cabeza de este artículo, copiado del original que conserva

con gran aprecio la universidad literaria de esta corte.

Además el cancelario publicó en el acto el nombramiento de profesora de filosofía moderna, cuya cátedra estaba vacante, juntamente con el cargo de consiliaria perpetua por la facultad de filosofía, honor nunca dispensado, pues esta facultad no tenía consiliario.

En cumplimiento de su cargo de profesora examinó de filosofía á varios estudiantes, en los días que se detuvo en Alcalá, entre ellos á dos sobrinos del vizconde de Huerta.

Por su parte el conde de Oñate y su hija, hicieron también gastos costosos para corresponder á la benevolencia de la universidad y demás corporaciones de Alcalá, y además de muchos regalos y limosnas costearon un lujoso refresco que tuvo lugar en el gran salón de Concilios del palacio arzobispal. Durante él, es tradición que tuvieron los convidados que sufrir una solemne calaverada de los estudiantes, los cuales en cambio dieron á la doctora una gran música aquella misma noche, y al día siguiente fueron convidados por ella á otro gran refresco.

El rey por su parte noticioso del buen desempeño de la doctora y del agasajo que le había hecho la universidad, dió á esta las gracias aquel mismo mes por medio de una carta que dirigió el conde de Floridablanca.

Poco es lo que podemos añadir ya acerca de esta célebre señora. Cuatro años después de recibir el grado de doctora dió su mano á don Rafael Alfonso de Sousa, marqués de Guadalcazar é Hinojares, en 9 de setiembre de 1789 y después de residir algun tiempo en Madrid pasó con su esposo á Córdoba donde fijó su residencia, dedicándose exclusivamente á los deberes de su nuevo estado y al cuidado de los tres hijos que tuvo de su poco duradero matrimonio, pues falleció á la edad de 55 años en dicha ciudad el día 5 de marzo de 1803, año fatal, pues en él perecieron muchas de las notabilidades que habían brillado en el reinado de Carlos III.

F.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### LA MODA

#### EN SUS RELACIONES CON LA POLÍTICA.

##### ARTÍCULO II. (1)

Un rumbo enteramente distinto hemos de seguir; diferentes consideraciones han de ocuparnos al tratar de la moda bajo su aspecto político; porque en este artículo tenemos que ocuparnos de las cosas, así como en el anterior nos ocupamos de las personas; en el otro nos proponíamos el bien moral como objeto primario, aquí fijaremos más bien nuestra vista en el bien económico, en la prosperidad material de la sociedad, sin que por esto quede desatendida la parte moral, á la que deben dirigirse siempre las miras de los gobiernos como las de los particulares.

Parece á primera vista que la moda, no es una cosa de gran entidad con relación á los gobiernos, pero considerado atentamente y filosóficamente, es un elemento de vida en las naciones, un manantial de riqueza y prosperidad, un principio de economía política, de grandes y muy atendibles consecuencias.

Antiguamente ó se desconoció ó no se consideró bien este principio, y de aquí es que en los apuros de las naciones, solía recurrirse al medio de espedir leyes sumtuarias, las cuales en lugar de producir el bien y abundancia que se buscaba, daban un resultado enteramente

contrario. Esto no podía menos de suceder, porque (según hemos manifestado en el artículo anterior) es imposible poner diques al capricho, el hombre busca placeres en proporción á sus bienes, y cuando se le quita ó prohíbe alguno procura otro que se lo reemplace, y aun si puede ser lo aumente; por consecuencia solo hacia variar de objeto, ó lo más lograría que algunos hiciesen pequeños ahorros mientras destruía una parte del comercio é industria. Este es el motivo porque recorriendo la historia de la legislación desde el tiempo de los romanos hasta nuestros días, apenas puede encontrarse una ley sobre la moda, que haya producido buenos resultados; cuando por el contrario pueden citarse infinitas, que han causado daños de una trascendencia tan marcada, que de algunos, que á su tiempo indicaremos, aun sufrimos fatales consecuencias.

Es una verdad fuera de toda duda, que el hombre necesita muy poco para tener satisfechas las necesidades indispensables de la vida; pero también lo es, que si el hombre abandonase lo superfluo, si se desterrase la moda, las naciones se hundirían consumidas por una miseria espantosa, pues al menos dos terceras partes de sus individuos viven y se enriquecen con la moda. El terreno (al menos en Europa donde la población es bastante crecida) solo puede sustentar á una tercera parte, que empleada en su cultivo, acumularía las riquezas en manos del propietario, si este no se crease necesidades, que ponen en circulación el dinero, y le hacen pasar á manos del artista que pinta sus habitaciones y cuadros, y las

(1) Véase el tomo 2.º página 288.



embellece con sus estatuas; del platero que le vende sus manufacturas de oro, plata y pedrería; del ebanista, relojero, marmolista, y demas que le surten de muebles; del sastre que le viste y satisface sus caprichos; y del comerciante que se afana por introducir nuevas materias y trasladar los objetos fabricados de unas partes á otras; siendo todas estas manos otros tantos conductos por donde afluyen las riquezas al erario público, porque cada uno paga la contribucion que le corresponde, cediendo al gobierno una parte de sus ganancias. Para convencerse de esta verdad, fijese la vista en cualquier objeto de puro lujo, prohibase su uso, y los talleres ó fábricas de donde sale quedarán cerrados, aquella parte de comercio arruinada, las tiendas que lo vendian desiertas, y por consecuencia el tesoro sin la parte que le cabia de esta industria, y una multitud numerosa de brazos reducidos á la pobreza por falta de ocupacion, y espuestos á la inmoralidad, á la vagancia, al robo.

De lo dicho se deduce naturalmente que los gobiernos deben fijar gran parte de su atencion en el lujo, y sacar de este (que si se quiere será un defecto, pero defecto irremediable en las sociedades), el partido de que es susceptible. Por no haber hecho aplicacion de esta máxima, ó tal vez por querer hacer demasiado morales á los pueblos en una materia, que como hemos indicado, es poco menos que imposible, se han cometido yerros políticos, que han contribuido muchísimo á la decadencia de nuestra nacion, y á la ruina casi total de nuestra marina, industria y comercio. Sin remontarnos á los tiempos antiguos, sin analizar los efectos que las leyes suntuarias produjeron entre los romanos, y aun entre nosotros; nos fijaremos en la época de nuestro poder, de nuestra grandeza tanto política como comercial, de nuestros tiempos de dicha y ventura, esto es en el reinado de los reyes católicos, desde cuya fecha data tambien nuestro rápido descenso. Bajo el gobierno sabio y paternal de aquellos monarcas, sacudió España completamente el yugo sarraceno; se nivelaron todos los poderes del estado; la accion de la ley substituyó á las violencias de los partidos; los nobles comenzaron á ser una parte poderosa del estado y olvidaron sus rencillas; á la sombra de las reformas sucesivas, pero bien meditadas y entendidas, y sobre todo ejecutadas con oportunidad, creció la abundancia y la riqueza, y parece se verificaron aquellas palabras de David: *Justitia et pax osculata sunt*; la justicia y la paz se dieron el ósculo de albricias; y los españoles aun endurecidos con las fatigas de la guerra, comenzaron á buscar con entusiasmo los placeres de la tranquilidad. Uno de estos era la moda, consecuencia de la riqueza y abundancia, y ya en 1594, se publicó una larga pragmática para enfrenar el lujo que se habia introducido, prohibiendo los brocados de oro y plata, y las armas y jaces dorados y plateados, así como toda clase de bordados de los dichos metales. La primera parte de esta ley suntuaria era utilísima, porque prohibia el uso de aquellos géneros que nos introducian los extranjeros; pero la segunda sumía en la indigencia y desesperacion á los doradores, tiradores, bordadores y plateros. Al pronto este daño no era muy sensible, porque la mucha riqueza lo disimulaba, pero la llaga quedaba abierta y la industria decaía insensiblemente, sin que se lograra el objeto. Una prueba de que la moda busca siempre resquicios por donde introducirse, y de que es imposible atajar al capricho, es, que esta ley tuvo que repetirse agravando sus penas en 1595 y 1596. Se llegó á contener el uso de los metales, pero la moda se amparó de las sedas; y las hechuras costosas, las variaciones, y la menor duracion de las telas hicieron mas costosos los trages, hasta que en 1599, se limitó tambien el uso de las sedas, dando con esta medida un golpe mortal á la industria y comercio de Granada, Murcia, Valencia y Toledo, y aquellas hermosísimas y entonces ricas provincias, en cuyos telares se consumian no solo sus cose-

chas, sino tambien muchísima seda de Nápoles é Italia, se vieron inundadas de pordioseros, la carcoma consumió sus telares, y los labradores tuvieron que arrancar sus moreras. Mas estas leyes no produjeron efecto, á pesar de que los reyes eran los primeros á dar ejemplo con su moderacion y templanza; á pesar de que el confesor de la reina, fray Hernando de Talavera, no solo hacia que la reina combatiera la moda privándose hasta de hacerse un vestido, sino que influía por todos los medios posibles para contener el lujo, como se vé en el tratado que dirigió á doña Maria Pacheco; y si en fuerza de tantos elementos consiguieron algo, no fué mas que contener por poco tiempo, poner un dique que no tardó en romperse, desplegándose el lujo en toda su fuerza despues de la muerte de Isabel, y venida de la reina Germana, que gustaba mucho de adornos y placeres, y cuyo ejemplo siguió con afan la nacion entera.

¿Y si la moda triunfaba ó estaba mal reprimida cuando todos los poderes del estado la hacian la guerra; qué podia esperarse cuando todo la favorecia? El emperador trajo consigo una lucidísima cohorte de flamencos, en cuyos trages brillaban los brocados y el oro; la casa real, tan parca en tiempo de los reyes católicos, llevó su lujo hasta un extremo sorprendente; todo respiraba fausto y grandeza, en tanto extremo, que solo el gasto diario de la mesa se aumentó en 159,000 mrs. La América enviaba con abundancia el oro y plata de sus minas, y tanto el tesoro público como los particulares, recibian continuamente gruesas sumas; de modo que la casa llamada de la contratacion de Sevilla, podia decirse sin hipérbole que era un rio de riqueza. El ejemplo, pues, la emulacion y abundancia dieron impulso á la moda; muy pronto cayeron en olvido las leyes que la reprimian, y los brocados, los adornos de metales y piedras preciosas, las sedas y demas objetos prohibidos volvieron á brillar en los paseos y concurrencias públicas.

¿Mas no es una cosa verdaderamente sorprendente, que viendo el ningun efecto que producian las leyes contra la moda, se insistiese sin embargo en la manía de atajarla y reprimirla, y siempre con daño de la industria y comercio nacional? ¿No parece inconcebible, que despues de tan larga esperiencia, unos monarcas ilustrados, amantes de su pueblo, deseosos de su engrandecimiento, insistiesen y continuasen siempre en este error político, y que los primeros hombres de la nacion lo procurasen y sostuviesen? Pues apesar de esto las pragmáticas coercitivas se reprodujeron en 1534, 57, 51 y siguientes; las córtes de Valladolid de 1548, hicieron peticiones contra el lujo; cada dia se iban añadiendo nuevas trabas á los artesanos y fabricantes; y lo que es peor aun, al mismo tiempo se abria la puerta á las modas é invenciones estrangeras, que encontraron el secreto de sacarnos nuestra plata y oro mas aprisa que lo recibiamos.

En mi corto entender no puede darse otra explicacion al fenómeno económico-político que presenta España en aquella época. Una nacion entonces la mas rica y poderosa de Europa; cuyo dominio y comercio se estendia á todo el orbe; cuya preponderancia é influencia todo se lo facilitaba; una nacion tranquila en su interior; sujeta y obediente á la ley; victoriosa en todas partes; que á la fertilidad y riqueza natural de su suelo unia los cuantiosos tesoros de América; que abundaba en numerosas fábricas, en bien montados talleres y en entendidos artistas; que tenia una marina numerosa y respetable, y apesar de todos estos elementos, se debilitaba y empobrecia rápidamente, y veía desaparecer como un relámpago su industria y comercio, ¿qué otro motivo puede tener sino el funesto efecto de las leyes suntuarias, de esas leyes prohibitivas que han derribado de una sola plumada la industria y comercio de provincias enteras? Pero nada bastaba á desengañar á los hombres de estado, para que arraucasen de entre sus máximas de gobierno la persecu-



ción del lujo, que como el fénix renacía entre las persecuciones, puesto que en cada uno de los reinados le vemos adelantarse, crecer é introducir nuevas invenciones á cada cual mas costosa, de lo que es buena prueba la moda de las lechuguillas, vuelos y otras cosas que entonces se introdujeron y fueron luego objeto de tantas leyes.

Al entrar Felipe II en el reinado todo parecia anunciar un fausto porvenir. Era un monarca inteligente, político, observador, amante y conecedor de las bellas artes, y si se han de juzgar sus intenciones por sus palabras, el discurso que dirigió á las córtés de Toledo en 1560, está lleno de ideas justas, grandes, y bien entendidas, y para nuestro propósito decia á los procuradores: *no acudais al remedio de lo que no lo tiene por la pérdida de la reputacion en no salir con ello.* ¿Y si el lujo era una de las cosas que la esperiencia habia manifestado que eran irremediables, si se habian ya tocado las malas consecuencias de las leyes que trataban de destruirlo ó minorarlo, parecia posible que se desatendiesen las palabras del monarca, ó que él mismo obrase contra sus convicciones? Pues por desgracia así fué, en su reinado se añadieron trabas á la industria y comercio; se inventó el sistema ruinoso de estancos; se acudió al subsidio eclesiástico; se aumentaron las contribuciones, se apoderaron de la plata de los particulares, en una palabra se dió una herida mortal al crédito que aun no hemos cicatrizado, se hizo una especie de bancarrota vergonzosa. Pero como si fuera una disposicion de la divina providencia, como si Dios hubiera determinado cegarlos, ó el genio del mal presidiera en sus consejos, recurrieron á todos los medios, hasta á los inmorales, y se olvidaron únicamente de que la industria y comercio son las fuentes seguras é inagotables de la riqueza de una nacion; y ni una ley, ni un tratado de comercio se hizo en su favor, antes al contrario, las destruyeron.

Al ver á Felipe II haciendo venir á España á costa de muchos gastos y sacrificios los mejores artistas del mundo, al verle reuniendo con afan los mas dignos y preciosos objetos de bellas artes, al considerar esa fábrica magestuosa y admirable del Escorial, que como un gigante se levanta en medio de la nacion, enseñando al mundo entero la página mas elocuente de nuestro poder y grandeza, de nuestra ilustracion y adelantos, de nuestro gusto y delicadeza en las artes, parecerá imposible que este mismo monarca fuera quien les dió el golpe de muerte. Mas no hay que dudarlo; la pragmática del 19 de mayo de 1595, las destruyó completamente. El gusto delicado, la abundancia de metales preciosos, habian introducido la moda costosa pero elegante, de adornar los muebles con figuras, guarniciones y relieves de plata y oro, con lo cual el dibujo, la escultura, el cincel, el esmalte y el arte de plateros, habia llegado á un estado envidiable, y la nacion conservaba siempre dentro de sí esa masa de metal precioso. La pragmática, pues, prohibió *que ningun platero ni otra persona pudiera hacer, vender ni comprar bufetes, escritorios, arquillas, braseros, chapines, mesas, contadores, rejuelas, imágenes ni otras guarniciones de plata etc.* ¿Puede darse mayor desacierto, que siendo España la que poseia mas metal precioso, se le prohiba el trabajarlo, obligando á que se malbaratase y saliese fuera? ¿El enemigo mas acérrimo, hubiera podido inventar un ardid mas ingenioso y adecuado para destruir nuestras artes, nuestra riqueza y comercio? ¡Desgraciado ingenio español! Tú te has adelantado á todas las naciones, tú has hecho los mayores esfuerzos para obtener el primer rango en las naciones civilizadas. Dios, el árbitro de los destinos, te ha suministrado cuantos medios pueden imaginarse para que remontaras tu vuelo, pero tus gobiernos, los hombres que debian haberte tendido una mano protectora, te han sofocado en tu cuna, y bajo el pretexto de religion y moral mal entendida, te han aniquilado y destruido.

No, ciertamente que no es la rudeza del ingenio español la que ha dado motivo á que nos quedemos detrás de las demas naciones en nuestras artes é industria. Consecuencias de las desacertadas é impolíticas disposiciones que acabamos de señalar, fué, el que desde entonces los franceses y alemanes comenzasen á llamarnos *sus Indios*, porque como aquellos les dábamos nuestro oro y plata en cambio de sargas de vidrio; porque perseguidas en España las manufacturas de oro y plata, ellos buscaron alicientes al capricho de la moda y comenzaron á introducirnos las cadenas y adornos de acero, las bugerías de metales despreciables, las sargas de vidrios y piedras falsas, las pajas de Italia, y otra infinidad de cosas, de que se amparó la moda, que no teniendo en sí ningun valor real, las compramos á grandes precios, dándoles en cambio nuestros metales preciosos, cuyo valor jamás se destruye, y este mal no solo subsiste, sino que se aumenta cada día, de lo cual son buenos testigos las infinitas y lujosas tiendas de bugerías, que inundan nuestra nacion y sacan nuestro dinero en cambio de muñecos despreciables.

Los reinados siguientes no fueron en esta parte mas acertados que los anteriores, y lejos de procurar enmendar los yerros pasados aumentaron las prohibiciones; y hasta el conde duque de Olivares, que ciertamente no era de los menos aficionados al lujo y los placeres, promovió la formacion de la junta, que publicó los famosos *capítulos de reformation*. Desde la entrada de la casa de Borbon en el trono de España, ni fueron tan comunes, ni tan desacertados, y en tiempo de Carlos III cuando la prohibicion de los sombreros gachos y capas, que dió motivo al ruidoso motin contra Esquilache, tocaron á su término los ataques contra el lujo, y desde entonces se ha dejado libre el capricho, y la moda quedó triunfante y victoriosa en una lucha tan vigorosamente sostenida por espacio de tres siglos.

Pero con haber triunfado la moda, con haber caducado las leyes suntuarias, y desaparecido el interés de espedirlas, no está todo hecho; todavia queda á los gobiernos la obligacion de utilizar este manantial de riqueza, y valerse de él como de un agente poderoso para reanimar nuestra industria y comercio, que aunque se hallan casi enteramente destruidos, aunque nuestras disensiones políticas impiden el completo desarrollo del germen de vida que se manifiesta en la nacion; sin embargo un gobierno hábil puede hacer mucho. Procure dar los primeros impulsos, dispense una mirada protectora á las artes y al comercio, y todo progresivamente irá cobrando parte del vigor perdido, y saliendo del fatal enervamiento en que se encuentra. ¿Quiere el gobierno proteger algun ramo de industria, dar vida á la produccion y salida de nuestras primeras materias? Introduzca él la moda, sea el primero que las compre y use, comience la moda por el palacio, por el ministerio, y no tardará en seguirse con entusiasmo. ¿Se necesitan ricas colgaduras, relojes, arañas, tapicerías, muebles y bagillas de lujo? No se busquen en el extranjero, aliéntese á los artistas del país, que si se ven ocupados y protegidos, no tardarán en igualar y aun escender las producciones extranjeras. Si se quiere el desarrollo y perfeccion en las bellas artes, no se contente el gobierno con decretos en la Gaceta; entre las muchísimas cantidades que se despilfarran en cosas inútiles, y aun inmorales, destine algunas al aumento de nuestros museos, á la ocupacion de nuestros artistas, á la proteccion de nuestras fábricas; honrense nuestros hombres de estado, nuestros grandes, nuestros banqueros, con el título de protectores de las artes, acreditado con los hechos, y por poco que sea su esfuerzo producirá resultados tan alhagüñes, que España seria dentro de poco la España de Isabel la Católica, la España de Felipe II.

J. Q.



## EL SEPULTURERO.

El grabado que acompaña este artículo es copia de un magnífico cuadro presentado á la esposicion de pinturas de París en 1845, por Mr. Poittevin.

Nada mas sencillo, mas interesante, que la escena que representa: un infeliz sepulturero acaba de abrir una tumba en un cementerio de aldea; concluida su obra se sienta á fumar con una sangre fria filosófica, dejando colgar sus piernas dentro de la hoya que ha escavado. Acompañan al buen hombre sus tres hijos que han venido á ver trabajar al anciano. Uno de ellos de tres ó cuatro años, se divierte en tirar de un carretoncillo cargado de flores; cuando cerca de la fosa abierta por su padre, fija su vista en una calavera y otros huesos de cuerpo humano; párase el niño terrificado por este espectáculo, deja caer sus brazos con un asombro y naturalidad encantadores y al mismo tiempo que parece preguntar algo á aquellos restos, se cree que un pensamiento grave empieza á germinar en aquella cabeza inocente. Cerca de la cruz del cementerio y detras del niño, una muchacha,

la mayor de sus hermanos, inclina la cabeza con recogimiento y tristeza, mientras que la menor de aquellas criaturas que reposa en sus brazos, incómoda ó mas bien aterrada se oculta por un movimiento de disgusto muy natural, en el seno de la jóven.

La solemnidad de esta escena muda, penetra hasta el fondo del corazon del sepulturero. El contraste de estos niños, las flores, los restos humanos, absorben toda su atencion. Ya no piensa, no se ocupa de su pipa que yace abandonada entre sus manos; quizá medita por la primera vez de su vida.

Los accesorios de este grupo completan felizmente el efecto; á un lado la iglesia de la aldea con esa fisonomía dulce y consoladora que recuerda la idea de Dios; al otro, en segundo término, un gracioso paisaje cubierto de chozas cuyas chimeneas elevan al cielo nubes de humo; todos los emblemas, en fin, de la vida tranquila y pacífica de los campos que tiene su término, como la existencia tumultuosa de las ciudades, en una sepultura.

El cuadro que nos ocupa pertenece al género de aquellos que se desean considerar por largo tiempo, de aquellos que al contemplarlos llenan el alma de esa dulce y vaga poesía que únicamente proporciona la religion.



## ESTUDIOS LITERARIOS.

## MARGARITA.

El primer viage que hice á París, llevé cartas de recomendacion para un caballero francés, amigo íntimo de Bellini; yo deseaba conocer al célebre maestro y me alegré

de una casualidad que me proporcionaba la ocasion de satisfacer este deseo; me presentaron á Bellini y pronto nos hicimos amigos; el autor de la *Norma* apreciaba mucho á los españoles, y antes de unmes entraba ya en mi casa con la misma franqueza que en la de un hermano. Un dia de los que fui á verlo, lo hallé algo indispuesto por efecto del cansancio y quizás del exceso de felicidad que ahoga-



ba su corazón. Había hecho llamar al médico, y según este debía consagrar una semana entera al descanso, prohibiéndole absolutamente recibir otras visitas que las de cinco ó seis amigos, cuya lista formó él mismo. Y sin parar aquí el severo é inexorable doctor, dió orden al criado de que dijera á todos los que no estaban comprendidos en ella, en particular á la prima donna y á toda dama encubierta, que el señor Bellini se hallaba ausente de la corte por quince días.

Obligados por la presencia del doctor á llevar á cabo estas importantes medidas, el enfermo se reclinó sobre un canapé, el médico encendió tranquilamente su cigarro y todos los demás fuimos haciendo otro tanto.

La conversacion, despues de haber girado sobre mil diversos objetos, llegó por fin á tomar cierto carácter de gravedad. Hablóse de la religion, de los muertos, y de los melancólicos y profundos recuerdos que dejaban en pós de sí, los que un día fueron objeto de nuestro amor acá sobre la tierra. Bellini pasó su mano elegante por sus hermosos cabellos, se sonrió con cierta espresion italiana, y nos dijo con una voz melodiosa á la par que modulada, con un acento ultramontano.

—Una noche se representaba en el teatro *des Varietés* una de esas bufonadas que son capaces de hacer reir al hombre mas mal humorado y mas sombrío del universo. Vernet desplegaba todas sus gracias y sus talentos cómicos en la relacion de una historieta de cierto aldeano, que andaba muy apurado buscando al mismo tiempo su muger y su paraguas. En medio de la alegría general, oí de repente detrás de mí una carcajada tan candorosa, tan llena de naturalidad y de dulzura, que no pude menos de volverme, para ver de donde salía aquella espresion de contento; y no fué poca mi sorpresa al encontrarme con dos preciosos labios de carmin que formaban una bellissima boca graciosamente entreabierta, acompañada de una nariz torneada, unos hermosos ojos negros y una tersa y lucida frente á la que prestaban nuevo realce dos madejas de pelo que caían con suma gracia por entrambos lados de su cabeza. Formaban el resto de esta hermosa jóven, un cuello de cisne, un talle esbelto y delicado y unas manos que podrian servir de modelo á un escultor para formar la Venus mas perfecta y acabada.

Ya comprendereis que este delicioso espectáculo me hizo olvidar bien pronto el que pasaba delante de mis ojos, para consagrar á aquel mi atencion toda entera, y sin embargo, puedo aseguraros que no os he descrito aun sino á medias esta belleza. Su encanto no consistia tanto en la perfeccion y en la armonia de sus facciones, como en la calma deliciosa, en el aire tranquilo y sereno que se veia derramado en todas ellas. Sin advertir siquiera el éxtasis en que al verla me habia quedado, continuaba con sus ojos fijos en la escena, riéndose de tiempo en tiempo con la misma gracia y abandono que tanto me habian encantado la primera vez que la oí.

Concluida la pieza se levantó: echó sobre sus hermosos cabellos una mantilla de encaje, arreglando sus pliegues con esa gracia que solo poseen las españolas, se apoyó en el brazo de un jóven que la acompañaba y desapareció. Me figuré que en aquel momento habia perdido el teatro toda su animacion y su alegría; y me volví á mi casa poseído del recuerdo de esta angelical criatura, en cuya persona resplandecian la belleza y la felicidad mas completa.

Habia llegado ya la noche del siguiente día sin que esta encantadora imagen hubiese podido borrarse de mi memoria. Hallábame en medio de un baile, y ni lo animado de la concurrencia, ni el brillo de las antorchas, ni los melodiosos ecos de la música cuyas impresiones se unian á las que me causaba la vista de tantas bellezas, podian hacérmela olvidar. De repente, juzgad cual sería mi sorpresa, la veo en medio de un grupo de baile. Si, era ella, con su alegría natural y sencilla, con su viveza española.

Ninguna otra colocaba con mas gracia su lindo pié sobre las tersas alfombras, ninguna ofrecia á la vista de sus admiradores una garganta y una espalda de nieve tan torneadas, tan preciosamente concluidas como las suyas. Deslizándose en medio de todas con su cabeza coronada de flores de púrpura y oro, la admiracion general la aclamaba en silencio por la reina del baile.

—¿Qué mirais con tanta atencion? Me preguntó una voz que hirió mis oidos al mismo tiempo que una mano golpeó cariñosamente mi espalda. Al volverme encontréme cara á cara con la figura fria y severa del capitán de la marina española, don Antonio de la Rivera.

—Mi contestacion fué señalar á la jóven.

—Al ver tan feliz á esa jóven, le añadí, parece que se siente uno animado de esa misma felicidad. La desgracia no ha puesto nunca su mano fatal sobre esa frente risueña; y ni el recuerdo de lo pasado, ni la idea del porvenir, han turbado jamás esa alegría que parecen haber respetado todos los sinsabores, todas las inquietudes.

El capitán despues de mirarme con una amarga sonrisa, me respondió con ese aire conciso y resuelto de todo el que está habituado al mando.

—Veo que la conozco mejor que vos.

—¿La conoceis, la habeis visto alguna vez en el mundo? exclamé. Capitán, espero de vuestra amistad que me presenteis en su casa, ó que me proporcionéis un amigo á quien pueda ser deudor de tan gran ventura.

—¿Con qué vos, me replicó el capitán, la creéis la mas dichosa de las mugeres? Imaginais que nunca ha sido víctima de algun infortunio? ¿Vuestro corazón os dice que las lágrimas no han corrido jamás por sus megillas, ni la palidez ha descompuesto su hermoso semblante?

—Con esa alegría, con esa calma, con esa serenidad inalterable ¡como podría haber concebido jamás un pensamiento triste!

—Pues miradla, me dijo, mirad bien á esta feliz muger.

Al decir esto se adelantó hácia ella y la saludó. Una palidez mortal eclipsó de repente las hermosas facciones de la jóven española que le alargó la mano en medio de un temblor convulsivo.

—No creo que mi vuelta á París deba ser para vos un motivo de pesar, le dijo el capitán para tranquilizarla, al ver que le faltaba poco para desmayarse.

La jóven pasó al momento la mano por la frente y cubrió con ella sus ojos por algunos segundos. Al descubrirse ya no quedaba en su semblante la mas leve señal de aquella terrible emocion; su boca sonreía con la misma gracia que antes, y sus pies volvieron á deslizarse de nuevo sobre el pavimento.

Al instante pasé mi brazo por debajo de el del capitán, y llevándole hácia un ángulo del salón.—En nombre de nuestra amistad, le dije, contadme la historia de esta muger.

—De esta criatura feliz, que jamás ha conocido el infortunio? Con el mayor gusto: sentémonos aquí, bebamos un vaso de ponche, y escuchadme.

Habia en Lisboa un rico negociante español llamado Lopez, que se dedicaba á especular por medio del comercio y otras empresas industriales. La prosperidad de este hombre se habia hecho proverbial en la ciudad. Jamás habia naufragado ninguno de sus buques; jamás se le habia desgraciado ninguna especulacion mercantil; y su hija Margarita estaba próxima á casarse con el hijo de un rico comerciante amigo de su padre.

Durante diez y ocho años la fortuna derramó á manes llenas sus favores en todo cuanto tenia relacion con los negocios de Lopez, pero inconstante en sus caprichos derribó de un soplo el edificio que ella misma habia formado. De los bageles en que el negociante tenia todos sus intereses en medio de los mares, unos naufragaron y otros fue-



ron presa de los piratas; era preciso, pues, renunciar al casamiento de su hija, que ya no podía dotar. Dos años mas de contratiempos bastaron para completar su ruina, y solo le quedó de su inmensa fortuna un crédito de cinco mil duros, contra una casa de comercio de Madrid: pero como esta negase el crédito fué preciso demandárselo judicialmente, y Lopez se resolvió á salir de Lisboa.

Los procedimientos judiciales son en España mas lentos y costosos que en ninguna otra parte. Durante los tres años que duró el pleito, Lopez, su muger y su familia, vivieron en un estado muy próximo al de la miseria, subsistiendo los tres del trabajo de sus manos. El padre redactaba cartas y documentos para algunos mercaderes de poco tráfico, y madre é hija se ocupaban en coser para las modistas de mas fama.

El adversario de Lopez le fué llevando de tribunal en tribunal, hasta que condenado en última instancia y agotados ya todos los medios de embrollar mas el asunto, tuvo que pagar los cinco mil duros. Llegó por fin una tarde en que al entrar Lopez en su casa pudo enseñar á su muger, en medio de una indecible alegría, la cartera que contenia la suma que para ellos, en otro tiempo tan ricos, ahora miserables, era un capital de mucha consideración, una verdadera fortuna.

Después de un breve consejo de familia para resolver el destino que se daría á este pequeño tesoro, se acordó depositarlo en poder de un comerciante, á fin de que éste pudiera colocarlo con seguridad en Portugal, donde procurarian hacerlo productivo.

—Yo mismo voy al momento, dijo Lopez. Dentro de un cuarto de hora estaré de vuelta.

Sin embargo una hora llegó á transcurrir sin que Lopez hubiese vuelto á su casa; su muger y su hija principiaron á recelar de su tardanza, y fácil será concebir cual seria su angustia y su desesperación cuando á la hora de media noche no habia aun llegado Lopez. — Toda la noche se pasó en una mortal agonía. Al amanecer, las desdichadas fueron en su busca, pero inútilmente; y ya desesperadas recurrieron á la policía.

Habíase recogido durante la noche un cadáver herido con diez puñaladas, y al verle reconocieron con horror que este cadáver era el del único protector que les quedaba sobre la tierra. Es inútil añadir que la cartera con los cinco mil duros habian desaparecido. Sin duda algun ladrón habia sabido que Lopez acababa de cobrar una suma considerable, y le habia asesinado para robarle.

La madre de Margarita no pudo resistir á un golpe tan terrible, y fué atacada de una parálisis al aspecto del cadáver de su marido. Los socorros de la ciencia no bastaron para restituir el movimiento á sus yertas manos reducidas ya al estado de insensibilidad: su razón se trastornó casi del todo; y en este estado fué preciso que Margarita consagrara todo su tiempo y todos sus cuidados á alimentarla, vestirla, velar á todas horas sobre ella y socorrerla en sus continuos achaques.

Largo tiempo hacia que la pobreza era el único patrimonio de estas dos mugeres; pero á la pobreza no tardó en suceder la miseria, y con ella el frío, el hambre, la desnudez y los harapos. Margarita, precisada á estar á cada instante cerca de su madre, y á prodigarle toda clase de atenciones, no podía dedicarse á trabajar.

Llegó por fin un día en que les faltó un pedazo de pan que comer: la anciana madre echada sobre un mal gergon de paja, único resto de todo su menaje de casa, murmuraba con una voz balbuciente, y con esa sonrisa infernal que demostraba el estado de idiotismo á que se veía reducida: «Tengo hambre, tengo hambre; mucha hambre.»

Ya no le quedaba á Margarita un solo mueble, un solo vestido que vender, y sus ojos afligidos en vano buscaban en rededor suyo un medio de aliviar los sufrimientos de su madre. De repente una sonrisa de amar-



gura se vió lucir en su semblante. Se levantó y corrió desesperada á la tienda de un peluquero y perfumista francés, establecido hacia poco tiempo en uno de los sitios mas públicos de Madrid.

—¿Queréis comprar mis cabellos? le dijo destrenzando y esparciendo sobre sus hombros unas hermosas madejas de pelo que llegaban hasta sus rodillas.

El peluquero no habia visto jamás una cabellera tan preciosa y abundante. Después de haberla estendido sobre los hombros de Margarita quedó esta cubierta como si la hubieran adornado con un manto de terciopelo.

Ofrecióle en el acto lo que tuvo por conveniente. Margarita aceptó sin replicar. Hacíasele largo cada momento que transcurría antes de consumar este sacrificio, el mas doloroso quizá que la miseria hubiera podido imponerle.

Agarró el peluquero sus descomunales tijeras y las acercó á la cabeza de Margarita. Un estremecimiento horrible puso en conmoción todos sus miembros, y el condenado no puede esperar con mas agonía el golpe del hacha que la que ella sufría hasta oír cerrar las desapiadadas tijeras.

—¡En nombre de la Santísima Virgen, acabad por piedad!

—¡Lástima me dá cortar un cabello tan hermoso y separarlo de una cabeza tan linda, le dijo el peluquero.

—Acabad, le replicó ella, acabad por Dios de una vez.

—Mucho os deberá costar este sacrificio.

—Daos prisa, daos prisa, porque creo que el valor me vá á faltar.

—¿Y si yo os ofreciera, continuó el peluquero, un medio de conservar vuestros cabellos, no lo aceptaríais?

—Sin duda. Si hay alguno, decidmelo, y mi reconocimiento será eterno. Pero no, vos no conocéis mi posición. Yo no puedo trabajar, y mi madre enferma y privada del conocimiento exige que consagre todo mi tiempo á su cuidado.

—Ya; pero el precio de vuestros cabellos apenas servirá para sacaros de apuro por una semana; y concluido éste, ¿á qué recursos habeis de acudir para manteneros?

Margarita alzó los ojos al cielo con una mirada de desesperación.

—Pues bien; si aceptais la oferta que voy á haceros, vuestra madre tendrá en adelante asegurada su subsistencia.

—Acepto desde ahora vuestras proposiciones sin conocerlas.



—Os pagaré diez duros al mes. Con esta suma os será fácil proporcionar á vuestra madre, una muger que la cuide y que esté siempre á su lado para atenderla como exige su delicada situacion, y con el resto de ella y lo demas de vuestros honorarios, podreis proporcionarle todo lo demas que le haga falta.

—¿Y qué necesito hacer para ganar esta suma?

—Poneros á despachar detrás de mi mostrador.

Poco habia que vacilar. Una oferta semejante, tan inesperada era un verdadero milagro que Dios hacia sin duda por la intercesion de santa Margarita patrona de la desgraciada niña.

—Acepto vuestras proposiciones, le dijo. Vendré á despachar detrás de vuestro mostrador.

El peluquero no pudo disimular la alegría que esperaba en aquel momento.

—Quiero probaros que los franceses son generosos en sus tratos. Hé aqui un duro adelantado. Venid mañana temprano para firmar nuestro contrato, y os pagaré en seguida un mes de vuestros honorarios.

Margarita salió de casa de este hombre bienhechor, con el corazón lleno de alegría y de reconocimiento: por la primera vez despues de la muerte de su padre podía llevar la esperanza y el consuelo á la morada de su pobre madre.

A la mañana siguiente, despues de haber descansado tranquilamente durante la noche, se fué muy temprano, en casa del peluquero. Este habia hecho estender la obligacion por ante escribano, y se la leyó á Margarita, la que escuchándola apenas y sin enterarse de su contenido, anhelaba tan solo ver entre sus manos las diez brillantes piezas de plata que lucian sobre el mostrador. Todo lo que comprendió fué que sus nuevas obligaciones se reducian á estar en el almacen del peluquero desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche.

Ciertamente que era muy triste el deber que tenia que llenar. Si dos meses antes se le hubiera ofrecido espontáneamente á Margarita, lo hubiera rehusado sin fijar su consideracion por un momento en tan degradante oferta: pero habia visto á su madre próxima á morir de hambre, habia sentido ya rechinar las tigas que iban á cortar su hermosa cabellera, y lo que otro tiempo le hubiera parecido un tormento infernal, le parecia ahora comparable á la felicidad del Paraíso. La pobreza, como dice Montaigne, es el maestro que enseña con mas aspereza, pero tambien con mas prontitud.

Todo aquel dia pasó Margarita feliz y contenta, ocupándose en hacer compras de algunos muebles para la pobre morada de su madre. Encontró para cuidar á la enferma una muger honrada é inteligente. En fin, la desgracia parecia haber concluido ya para ella y cesar desde entonces de perseguirla.

El dia siguiente á las ocho de la mañana se fué á casa del peluquero: éste la aguardaba ya con impaciencia.

—Pasad á mi gabinete, le dijo. Allí encontrareis un traje que os he mandado hacer exprofeso; porque, añadiendo una mirada desdenosa sobre el humilde atavio de Margarita; mi dama de mostrador no podrá presentarse al público vestida de esa manera.

El traje preparado para Margarita no era seguramente como ésta lo hubiera querido. Habia en él cierta afectacion teatral de lujo y de mal gusto, que la affigia. Pero al fin se lo puso suspirando, y entró de nuevo en la tienda despues de concluir este humillante *toilette*.

—Ahora, dijo el peluquero, ocupémonos del peinado.

Margarita se miró en un hermoso espejo que tenia en frente. Estaba peinada con una sencillez elegante que le sentaba perfectamente.

El artista parisiense armado de su peine, destruyó sin piedad esta preciosa obra, y principió á hacerle todo género de combinaciones para formar, lo que él llamaba con tono muy enfático, un peinado digno de él. Tren-

zaba y destrenzaba los cabellos de la jóven, los entrelazaba con flores, los cubria de pedrerías, ó bien les ceñia una diadema. Pero nada le satisfacía, y volvía á deshacer á cada momento la obra que habia acabado. Margarita sufrida y resignada, le dejaba obrar sin replicar una sola palabra, sin murmurar una sola queja.

De repente dá un grito de alegría y golpeando su frente, exclamó:

—¡Helo aqui! helo aqui! Esto es.

Destrenzó los cabellos de Margarita, los peinó con cuidado y los esparció sobre sus hombros á manera de un velo.

—Ahora, señora, idos á sentar detrás del mostrador.

—¿Antes que me acabeis de peinar?

Estais peinada, le replicó con fatuidad. ¿De qué otro modo podrian lucir mas vuestros hermosos cabellos? Este espectáculo atraerá delante de mi tienda á todos los curiosos de Madrid.

—No me espongaís por Dios á una humillacion semejante, le dijo Margarita toda encendida y sofocada de pena. Por piedad no me pongaís así al público como una muestra, porque me moriré de vergüenza.

—No quiero yo vuestra muerte, respondió insolentemente el peluquero... Y pues que vuestro orgullo es tan susceptible, devolvedme los diez duros que vos he dado, y quedaremos en paz: os dejo libre de todas las obligaciones que habeis contraído conmigo.



Margarita le miró con terror.

—¿Y bien! continuó con dureza ¿qué decidís?

La jóven fué llorando á sentarse detrás del mostrador.

El peluquero no se habia engañado en su especulacion. Una multitud inmensa se reunió bien pronto delante de la tienda, y apenas podia atender á las continuas compras de pomada, jabon y aceite de olor que venian á hacerle los curiosos para contemplar de cerca aquella encantadora jóven, tan caprichosamente vestida. Fué preciso que Margarita sufriese en silencio sus miradas insolentes, sus requiebros equivocados, y sus galanterias mil veces mas insoportables todavia.

Entre tanto su digno patron reia, se frotaba las manos, se chanceaba con los curiosos que compraban, y so-



bre todo llenaba su caja, que era lo que mas le importaba.

Al llegar la media noche la desgraciada joven víctima de esta vergonzosa especulación, pudo por fin retirarse á su casa, y llorar libremente en los brazos de su madre, que sonreía al ver sus lágrimas sin poder comprender su dolor.

Una multitud mucho mas considerable que la del día anterior se reunió la mañana siguiente al rededor de la tienda del peluquero: todos se reían y señalaban alternativamente á la muestra de la tienda y la dama del mostrador.

Bien pronto los murmullos y los silbidos sucedieron á las carcajadas; el populacho principió á arrojar piedras en lo interior del almacén, y si la fuerza armada no hubiera intervenido, Margarita y el peluquero hubiesen sido víctimas de algun acto de violencia. No hubo otro medio de apaciguar este desorden que cerrar la tienda por todo el día.

La causa del alboroto procedía de que el peluquero [francés, Mr. Bertrand, había juzgado propósito hacer colocar durante la noche un cartelón sobre la puerta de la tienda, concebido en estos términos:

**POMADA DE LEON PARA HACER CRECER EL CABELLO.** Pueden verse los efectos de esta receta en la señorita que está detrás del mostrador del señor Bertrand, peluquero de muchas reales personas en los países extranjeros.

A la mañana siguiente ya había desaparecido el cartelón de su primitivo lugar: pero Mr. Bertrand lo había hecho poner en el interior de la tienda, precisamente encima de la cabeza de Margarita.

Durante un mes entero, fué necesario que la desvalida huérfana española sufriese el oprobio y la humillación propia de un estado semejante.

Creía haber agotado ya todos los sufrimientos de aquel género de suplicio; pero le quedaba aun por experimentar el mayor de todos. Una mañana vió entrar en el almacén del peluquero al joven negociante de Barcelona, á quien había estado prometida por esposa antes de las desgracias sobrevenidas á su padre. Al verle cayó sin sentido á sus pies. Cuando volvió en sí de este pasmo el joven ya había desaparecido. Pero á la noche le volvió á hallar en casa de su madre.

—Margarita, le dijo, vuestras familias nos habían destinado el uno para el otro en tiempos mas felices. ¿Queréis que realicemos ahora sus proyectos? Vengo á pedirlos vuestra mano. Ella le miró con una alegría mezclada de sorpresa y de duda. No podía creer que fuese cierto lo que oía.

—Por vuestra madre habeis sufrido las mas crueles humillaciones sin murmurar, sin quejaros una vez siquiera. Yo lo sé: y una hija tan piadosa no puede menos de ser la mas tierna y afectuosa de las mugeres.—Sedlo mia: yo os lo pido de rodillas.

Margarita le tendió una mano que el besó cariñosamente.

—Y hé aquí como la virtud es siempre recompensada, le dije al capitán interrumpiéndole, añadió Bellini. Porque hoy día la desgraciada Margarita es la esposa de un comerciante joven y rico. La pobreza y los grandes trabajos que ha sufrido, le harán mucho mas grata la opulencia y la felicidad que ahora disfruta: además que estos mismos trabajos por llevar consigo un carácter de heroicidad y valentía, no son tan dolorosos como mil otros á que la miseria somete sus víctimas. Morir de hambre, por ejemplo, es peor que servir de muestra.

El capitán me interrumpió á su vez.—Querido Bellini, me dijo, la historia de Margarita no está aun terminada. Aun no os he dicho en que estado llegué á verla por primera vez.

—Espero con impaciencia la continuacion de las aven-

turas de esta hermosa española, le respondí. El señor Bertrand me hubiera vendido mas de un tarro de pomada, si yo hubiese estado en Madrid cuando explotaba tan hábilmente la belleza y el hermoso cabello de Margarita.

El capitán tomó un vaso de ponche de una de las bandejas que los criados circulaban por el salón, y continuó su relacion con una gravedad solemne, casi lúgubre.

Bellini se disponía á continuar su narración, cuando sentimos un gran ruido en la escalera. La voz ronca y débil del portero luchaba con otra fuerte y de acento conocidamente español. Al choque de palabras sucedió el de cuerpos, y muy pronto oímos alguno que rodaba la escalera dando gritos, siguiéndose un fuerte campanillazo en la habitación: el criado que salió á abrir fué saludado con un empujón por parte del que llamaba, y al momento siguiente apareció en nuestra estancia un hombre alto, moreno, y con una honda cicatriz en medio de la frente.

—¡Impertinentes! ¡Querermos impedir que os vea cuando sé que estais malo! No sé como no les he roto la cabeza á todos.

—Mi querido Rivera, dijo Bellini, ¿ya estais de vuelta? A fé que si hubiese tenido noticia de vuestra llegada, en vez de cerraros mi casa os hubiera ido á ver, aun estando enfermo.

—Eso nos reconcilia, replicó el marino; ahora decidme como estais; aseguradme de que vuestra indisposicion no es nada, y venga un cigarro.

El capitán se sentó en un sillón y se puso á fumar tranquilamente.

—En el momento de vuestra llegada nos ocupábamos de vos, querido amigo, dijo Bellini. Estaba contando á estos señores la historia de Margarita, y les iba á referir de que manera la encontrásteis la primera vez. Hacedles vos mismo esta relacion, porque yo me siento fatigado, y en vuestra boca tendrá la aventura cierto sabor marítimo que no puede recibir de la mia, humilde y terrestre maestro.

—Con mil amores, *caro mio*, dijo el capitán que comenzó la relacion de esta manera:

Bogábamos en bonanza por los mares del Sur sin ocurrencia alguna notable, cuando un día los marineros me hicieron notar á corta distancia una embarcacion sin bandera, y cuyo aparejo, todo desconcertado, parecia mas bien efecto del capricho de los vientos, que de la direccion del mas inesperto piloto. En el mismo estado de desorden se hallaban su velamen y cordelaje, y el casco algo averiado, conduciendo á merced de las corrientes los dismantelados palos, se arrastraba hácia nosotros en linea casi recta, y cual si en aquel momento le dirigiese una mano certera con la intencion de abordar nuestro buque.

Esta contradicción me hizo desconfiar al pronto y recelarse nos habríamos encontrado con algun astuto corsario, por lo cual mandé á mi tripulacion que se estuviese á la defensiva; pero no tardé en reconocer mi error. Era un buque mercante sobre cuyo bordo no se veía persona alguna, y que se mantenía aun sobre las aguas por un verdadero milagro, pues de la manera que estaba aparejado, el menor soplo de viento hubiera bastado para echarlo á pique.

Le grité varias veces con ayuda de mi bocina; pero nadie me respondió.

Esto escitó mi curiosidad hasta un punto que me es difícil explicar. El buque no había sufrido averías de consideracion: no podia, pues, concebir la idea de un naufragio. Pero ¿cómo un bagel se hallaba así perdido en los mares del Sur, sin tripulacion para maniobrar, ni capitán para dirigirlo? Para salir de esta duda, echamos el bote á la mar, y yo mismo salté á bordo de la desierta embarcacion, ansioso de resolver este extraño problema.

Al poner el pie sobre el puente no pude detener un grito de horror y de espanto, continuó el capitán que palideció



aun al recordar esta escena. Una multitud de huesos blanquecidos y de esqueletos ya secos se hallaban sembrados por toda la cubierta. Los marineros que me acompañaban, decían que era *el bagel holandés*, especie de navío fabuloso que las leyendas marítimas nos pintan habitado por fantasmas, y se empeñaron en que le abandonásemos cuanto antes, y nos restituyésemos á nuestro bordo; pero yo recorrí toda la cubierta sin encontrar un ser viviente. Bajé en seguida á la cámara del capitán, y allí me encontré como arriba, esqueletos cubiertos de vestidos ya consumidos por el tiempo, el sol y las aguas de las diversas estaciones. Los papeles que hallé en la cámara me hicieron conocer que habían salido de Lisboa, ya hacía un año, en dirección al puerto de Méjico.

Ocupábame en recoger estos documentos, cuando oí de repente una voz plañidera que entonaba con lúgubre acento el salmo *De profundis*. Creí de pronto si sería una mofa de los marineros que me acompañaban: pero mis marineros estaban poco acostumbrados á chancearse conmigo, y por otra parte se hallaban poseídos de un terror demasiado intenso para que les quedase gana de echarla de graciosos.

La voz se fué acercando á mi poco á poco. Era dulce, melodiosa, desconsolada y animaba cada una de las terribles palabras de este salmo, con una espresión doliente que era capaz de helar de espanto el alma mas insensible. Yo escuchaba con la mayor atención, cuando ví entrar una fantasma, vestida de blanco, pálida y con una hermosa cabellera estendida sobre su espalda. Había en sus miradas una espresión torba; siniestra y fija so-



bre el objeto en que se clavaban, que no podía resistirse. Esta extraña aparición, no hizo alto ni pareció reparar en mí. Sentóse al pie de la cama; pasó en actitud dolorida la mano por la frente; é interrumpiendo su canto fúnebre por algunos momentos, murmuró en lenguaje portugués y con un acento lúgubre y melancólico:

—¡Qué noches tan largas! ¡Qué días tan eternos!

Después de lo cual continuó sollozando:

—*De profundis clamavi ad te.*

—No pude ya contener por mas tiempo la cruel agonía que me causaba el aspecto de aquella muger.—Señora, la dije en el mismo idioma, ¿qué desgracia fatal os ha dejado así sola en este buque desierto?

—Silencio, me respondió en voz baja: no se puede hablar á los muertos; necesitan silencio. ¡Silencio! Solo la

mar puede mezclar sus sordos arrullos á los ecos del canto *De profundis*.

—¿No pudiera saber cuál es vuestro nombre?

—¡La muerte, la muerte! Yo estoy muerta como él, como todos.—¡La muerte, la muerte!

—¿Quereis, señora, que os saque de esta triste mansion y de enmedio de estos mares para llevaros á Europa?

—*Dies iræ Dies illa*, prosiguió ella, silencio: duermen, todos duermen.

Indudablemente la razon de esta desventurada se había trastornado con el espectáculo horrible que había presenciado dentro de aquella embarcacion. Le hice seña de que me siguiera; pero lo rehusó con un movimiento de cabeza. Quise llevármela, y me rechazó con fuerza. Por fin la tomé en mis brazos y la saqué sobre cubierta. Cuando la vieron los marineros, el terror que se apoderó de ellos fué tal que les faltó poco para tirarse al mar.

Confíe la desconocida á uno de mis oficiales que me había acompañado y me volví de nuevo á la cámara del buque. Allí tomé un cajoncito con dinero y varios papeles que me parecieron importantes, y di órden de bajar al bote y ganar otra vez nuestro bordo.

La desgraciada loca no quería venir; pero se dejó llevar sin resistencia.

Apenas llegamos al buque cuando todos nos rodearon para oír contar nuestra fúnebre expedicion, y considerar el singular hallazgo que habíamos hecho. Llevé la jóven á mi gabinete haciéndolo disponer de manera que lo habitase ella sola, y me volví sobre cubierta, donde los marineros discutían con calor sobre las causas que pudieran haber producido la muerte de una tripulacion entera: unos lo atribuían á un combate naval; pero el buque no tenia señal alguna de daño causado por las balas; otros se empeñaban en explicarlo por medio de algun fenómeno sobrenatural.

De repente se le ocurrió á uno de ellos la idea de peste: ya no hubo mas divergencia de opiniones: todos asintieron unánimes á esta explicacion de la mortandad ocurrida en el buque.

—Y esa muger, esa muger que el capitán ha traído á bordo, vá á traernos el contagio de esa horrorosa enfermedad, exclamaron á un tiempo muchas voces. Es preciso que no permanezca entre nosotros, vamos á arrojarla al mar.

—Al mar esa muger contagiosa! gritaron todos precipitándose hácia la cámara, y apoderándose de la desgraciada, antes que pudiese llegar á socorrerla. Me lancé entre ellos con la velocidad del rayo, y preparé una de mis pistolas.

—Deteneos! les dije, en el momento en que despues de haber agarrado á la jóven con unos garfios, porque no se atrevían á tocarla con sus manos, la iban á arrojar al mar. Deteneos! si cometeis un crimen semejante, si atentais á la vida de esa muger, por el Dios que me oye, pongo fuego á la *santa Bárbara* y hago volar el buque que vosotros habreis deshonrado.

Ellos sabían que yo era capaz de hacerlo como lo decía, y soltaron su presa. Llamé entonces á uno de mis oficiales, el que tomando la pistola preparada, apuntaba hácia la polvora en mi lugar, y me fui á socorrerla la desgraciada que en aquel accidente se había desmayado. La conduje nuevamente á la cámara de donde la habían sacado los marineros, y allí con la ayuda del cirujano, logré volverla en sí despues de muchos esfuerzos. Con una indecible alegría, y con una sorpresa no menos agradable, noté que había recobrado la razon cuando volvió en sí.

—¿Dónde estoy? me preguntó, recorriendo con miradas de extrañeza todos los objetos que la rodeaban. Oh! qué sueño tan horroroso he tenido! Dios mio! habrá al fin terminado?

—Todas vuestras desgracias han concluido, señora, le respondí con lenguaje cariñoso. Dios se ha dignado poner



término á los terribles martirios que os habia impuesto. —Con que todo ha sido verdad, exclamó ella sollozando. ¡Ah! si; no era un sueño lo que mis ojos han presenciado. ¡Alonso! ¡Madre mia! ¡Hijo mio! Todos han muerto. ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿Porqué no me habeis llamado cerca de vos como á ellos?

Yo llegué á temer por un momento que volviese á caer en su triste demencia: pero el sacudimiento y el terror causados por las amenazas y las violencias de mis marineros, habian producido sobre ella una revolucion saludable. No se necesitaba mas que un asiduo cuidado para asegurar del todo esta feliz curacion.

Sin embargo, quedaba aun á la convaleciente una profunda tristeza, que nuestras atenciones y desvelos apenas podian distraer algunos cortos instantes. Y si por casualidad se hacia la menor alusion á lo pasado, este recuerdo le ocasionaba siempre una agitacion nerviosa, y un delirio que aunque pasajero, retardaba su completa curacion. Durante los seis meses que pasó á bordo, evitamos siempre con cuidado todo lo que podia alterar su tranquilidad. Mi tripulacion despues de haber querido asesinar á Margarita, porque así se llamaba la enferma, habia concluido por tomar en sus penas una parte activa y el mas vivo interés en cuanto tenia relacion con su persona. Los mas rudos de nuestros marineros se creian dichosos en merecer su estimacion, y así es que ella no quiso desembarcar en el Brasil, ni abandonar nuestra compañía, mientras duró mi navegacion.

Por fin llegué á Lisboa, y allí fué preciso separarnos. Entonces la entregué la cajita llena de oro, que habia hallado en la cámara del buque en donde la recogí.

—Esta cajita pertenecia á mi marido, dijo derramando un torrente de lágrimas. ¡Pobre Alonso, que muere tan cruel!

—Esta era la primera vez, despues de su restablecimiento, que la oia hablar de su triste aventura.

—¡Oh capitán, continuó, lo que he sufrido en ese buque! Siento que mi razon se trastorna al recordar mis horribles desgracias.

—Si es así, señora, desterrad para siempre de vuestro pensamiento este recuerdo fatal.

—No, me dijo ella, no debemos rechazar así de nuestra alma la memoria de los muertos, solo porque nos es penosa. ¡Alonso! ¡Mi querido Alonso!... Mi pobre hijo!

Y corrian de nuevo por sus mejillas lágrimas abundantes.

—Vos me habeis hallado privada de la razon, sola en un barco y rodeada de cadáveres. Esto es bien triste, ¿no es verdad? Pues vos no conoceis aun, capitán, lo que hay de mas doloroso en mis desgracias. Escuchadme, mi noble y generoso amigo, y juzgad cuan grande es mi infortunio.

Don Alonso me habia elegido por esposa, cuando yo estaba pobre, abandonada y reducida por la mas horrosa miseria á un oficio tan vergonzoso y degradante, como era el de servir de muestra á un peluquero. Me era preciso en tan triste estado sufrir la insolente curiosidad de una multitud de personas de todas clases; pero Alonso me arrancó de esta miserable situacion, me dió su nombre, me hizo rica y feliz, me amaba con delirio, y era con respecto á mi madre un hijo tierno y respetuoso. Juzgad del amor y de la veneracion que yo le profesaria, y que aun le profeso en el fondo de mis entrañas.

Mis desgracias parecian ya haber concluido y la fortuna me colmaba de favores en cambio de los aciagos golpes con que me habia herido. Esta dicha, sin restituir á mi madre la razon por completo, le proporcionó sin embargo, intervalos de descanso en que la recobraba algun tanto, y si no la curaba su alma, al menos reanimaba su cuerpo. En fin, capitán, llegué á ser madre. ¡Madre! ¡Señor! vos no podeis comprender la inefable delicia que encierra esta mágica palabra. ¡Ah! yo no podia imaginar

que la felicidad maternal podia espiarse con tormentos tan crueles como los del infierno.

Mi hijo tenia ya dos años y yo veinte, cuando una noticia inesperada vino al parecer á acabar de colmar las dichas y prosperidades que nos rodeaban. Un pariente



remoto que residia en Méjico, acababa de llegar á Alonso una herencia considerable. Juzgad de la alegría de mi marido. En cuanto á mí, sin embargo, no pude retener una lágrima de sentimiento; porque al tener noticia de esta nueva fortuna supe tambien que la presencia del heredero en Méjico era absolutamente necesaria.

—¡Dios mio! ¡una separacion! ¡una larga separacion vienes á anunciarme, amigo mio! le dije yo.

—¡Una separacion, Margarita! ¡Yo! ¡abandonar un solo instante á la muger que tanto adoro! ¡Jamás! Soy bastante rico para poder fletar un barco á mi costa. Procuraré reunir en él todas las comodidades posibles á fin de dulcificar las incomodidades y las privaciones de una larga navegacion, y así podremos irnos, tú, tu madre y nuestro hijo. Así visitaremos estos bellos paises que ahora desconocemos. Si nos gustan mas que la Europa, los habitaremos siempre; si te aflige una vez allí el recuerdo de Portugal, pronto daremos á la vela para Lisboa. ¿Qué me dices de estos proyectos, Margarita? ¿Te agradan? Porque si te hubiesen de costar una sola lágrima ó un suspiro, adios Méjico; poco me importa que la herencia se recoja ó se pierda.

Yo abracé á Alonso con la ternura que merecia un amor semejante, y un mes despues nos haciamos á la vela para Méjico en una fragata que se llamaba *Margarita*.

El único incidente desagradable que tuvimos al marchar, fué la desaparicion de un marinero, tanto mas notable cuanto que hacia tres dias que se habia establecido en el buque, por cuyo motivo creimos menos una desercion que un acontecimiento extraño, y no faltó quien supusiera que el desgraciado habia caido á la mar sin que nadie lo viese.

Los primeros dias de navegacion se pasaron con una calma y una dicha que no puede describirse; mi hijo gozaba y se divertia con las maniobras y el movimiento de los marineros; mi madre parecia reanimarse con el aire de la mar y Alonso pasaba la mayor parte del tiempo á mi lado leyendo trozos de nuestros poetas.

El tercer día de travesía el cirujano se acercó á hablar á mi marido en voz baja y con infalibles muestras de agitacion; no pude entender lo que le dijo, pero noté



que Alonso perdió el color, se levantó precipitadamente y siguió al cirujano dando órdenes á algunos marineros para que arrojasen al agua el cadáver del que no pareció al partir, que se acababa de encontrar en un rincón de la bodega. Esto fué al menos lo que á mí me dijeron, pero esto no era mas que una parte de la verdad; la tristeza de mi marido no me dejaba duda de que me ocultaba algun secreto.

Al día siguiente los cuatro marineros que habian arrojado al mar el cadáver, amanecieron malos y á las veinte y cuatro horas murieron. En seguida tocó el turno al cirujano; Alonso no pudo callármelo por mas tiempo; la peste se habia declarado en el buque. ¡Para colmo de desdichas un sol ardiente nos abrasaba aumentando la intensidad y los progresos de las calenturas! el capitán, su segundo y los oficiales que iban á bordo sucumbieron; y siendo imposible ya dar una direccion al barco, bogávamos á merced de las olas y de los vientos.

Sin embargo, la peste habia respetado aun á mi marido, mi madre y mi hijo: á pesar de la espantosa infección que exhalaban tantos cadáveres, ningun síntoma de la enfermedad se habia presentado en los individuos de mi familia. Una mañana mi madre parecia agitada y convulsiva, en seguida cayó en un profundo abatimiento y mi marido me arrancó á la fuerza de su lado: pocas horas despues habia un cadáver mas en el buque. A cada momento examinaba con terror las facciones de mi marido; una tarde se me acercó débil y vacilante; le tendí la mano para sostenerle, pero me hizo seña de que no le tocara, me mostró á mi hijo y cayó á mis pies: le cubrí de besos para reanimarle pero ya no existía. Tuve intenciones entonces de arrojarme al mar, y lo hubiera hecho si Dios no me hubiese dado valor para resistir tan criminal tentación. Con todo ¿no hubiera sido un consuelo la muerte para una pobre muger con su hijo, sola en una embarcacion cubierta de cadáveres y abandonada en medio de los mares? Tal fué mi suplicio durante un mes; un mes largo como la eternidad del infierno.

Creía que mis desgracias habian llegado á su término, pero me restaba aun sufrir otro tormento mil veces mayor. Sentada sobre la cubierta con mi niño en los brazos, lloraba considerando la estension sin límites de la mar, en la que reinaba la mas completa calma, y pedia á Dios, viento, una tempestad, cualquiera cosa que quitase al barco su inmovilidad y lo arrojara á algun punto donde hallase auxilio ó perdiera la vida. Una enfermedad estraña se apoderó de mí; los ojos me representaban mil visiones, las fuerzas me abandonaron y caí en el mismo sitio donde estaba, imposibilitada de todo movimiento. En tan horrible situacion oia á mi hijo que me llamaba llorando, que se desesperaba y yo no le podía consolar!...

¡Dios mío! tus pruebas son terribles!... Lo que pasó despues no lo puedo explicar; mi razon se extravió y no la he recobrado sino en medio de vuestros marineros que querian arrojarme al agua. ¡Por qué no lo hicieron, Dios de bondad!...

Entonces procuré consolar á doña Margarita: semejan-

tes dolores no admiten consuelo, pero es un deber tratar de mitigarlos.

Sin cesar oigo la voz de mi hijo, añadió doña Margarita, con una espresion que me hizo estremecer: en la soledad de la noche sus gritos de ¡madre mia! madre mia!... me persiguen y me desvelan... por el día creo oirla á cada instante... ¿Sabeis vos, capitán, lo que es el cariño de una madre?

—Nos separamos en seguida y no he vuelto á ver á esta señora hasta el día que la encontré en París en el baile en que el señor Bellini, prendado de su hermosura me la enseñó danzando con muestras inequivocas de una felicidad completa.

—¿Y despues qué habeis sabido? preguntó Bellini.

—Despues, replicó el capitán, la he visitado en su magnífica casa, porque la viuda de don Alonso es hoy esposa del marqués de Villavicencio. Me recibió en el gabinete rodeada de cuanto ha inventado el lujo para hacer la vida agradable, y con una niña en los brazos como de edad de diez y ocho meses.

—¿Y qué os dijo? preguntamos casi todos á la vez.

—Me habló de su dicha, del amor que la profesa el marqués, de las gracias de su hija y de un vestido de baile que la estaban concluyendo para la funcion que habia la misma noche en casa del embajador inglés.

—¡Cómo! replicó Bellini, ni una palabra de lo pasado! ni un recuerdo de Alonso y de su hijo, muerto de hambre á la vista de su madre cuyo auxilio esperaba en vano!

—Señores, respondió gravemente el capitán, cuando Cervantes, ese inmortal genio, estaba espirando abandonado en medio de la miseria, uno de sus amigos, manco como él, le hablaba de la memoria como del mas precioso don que la providencia ha concedido á los mortales. Aun hay otro mayor, interrumpió el autor de *Don Quijote*; otro sin el que la vida humana no seria mas que una larga é interminable tortura; ese bien, regalo de la divinidad es el *olvido*.

—¡El olvido! el olvido! replicó Bellini. Esa palabra hiele la sangre en las venas.

—Hé ahí lo que somos los hombres, como si la vida fuese tan larga y feliz. queremos amargar la poca dicha presente con el recuerdo de lo pasado.

—No participo de vuestras ideas, capitán, continuó el maestro; es horrible pensar que el hombre mas querido no deja en este mundo sino un ligero recuerdo que el tiempo ha de extinguir.

Heme aquí rodeado de amigos verdaderos, si mañana muriese, pasado el primer instante, quedarían alegres y contentos sin acordarse de mí, y sin que acaso le ocurriese á ninguno al oír mi música decir: ¡pobre Bellini!...

—¡Nosotros olvidarte! exclamamos todos, eso no. No se olvidan de esa manera á los hombres como tú.

Poco tiempo despues los periódicos de París se quejaban de que hubiesen trascurrido dos años de la muerte de Bellini, sin que se hubiese puesto una losa sobre su tumba, apesar de haber abierto al efecto una suscripcion entre sus amigos. Cervantes tenia razon.

## HISTORIA NATURAL.

### CAZA POR MEDIO DE LA PANTERA.

No nos detendremos á enumerar en el presente artículo los errores que desgraciadamente cometió el célebre

naturalista Buffon en su historia de los cuadrúpedos, contentándonos con recomendar de paso la prudente desconfianza con que debe emprenderse su lectura, en vista de la noticia que trasmite de aquellos animales que por sus analogías se han reunido bajo la denominacion gene-



ral de gatos, y mas particularmente sobre lo que refiere de la pantera, la onza y el leopardo, que necesita en verdad una especial correccion.

Segun el ilustre conde, el testimonio de los antiguos concuerda con las relaciones de los viajeros modernos, por lo que respecta á la pantera grande y á la pequeña, esto es, á nuestra pantera y á la onza. En efecto, parece que aun en el dia existen en la parte del Africa que baña el Mediterráneo y aun en las del Asia conocidas por los antiguos, dos especies de panteras; los viajeros han llamado *pantera* ó leopardo á la mayor, y *onza* á la mas pequeña. Todos convienen en que esta última es muy domesticable y fácil de adiestrar para la caza, á cuyo uso la destinan en la Persia y otras provincias del Asia; y aun añaden que las hay tan pequeñas que un ginete puede conducir las en la grupa de su cabalgadura permitiéndolo ademas la mansedumbre de que están dotadas.

El instinto de la pantera es mas fiero y menos domesticable, pues aunque á veces se consigue domarla no es posible hacerla perder enteramente su ferocidad, en términos de ser indispensables las mayores precauciones para adiestrarla en la caza y mas aun para conducirla á ella.

Para este fin, se lleva la pantera en un carro, metida en una jaula, cuya puerta no se abre sino en el caso de que haya delante alguna pieza de caza: lánzase sobre esta la pantera, alcánzala en dos saltos, la aterra y la deguella, siendo muy peligroso que yerre el golpe, pues se dice que enfurecida entonces suele arrojar se á su mismo dueño, el cual para evitar una desgracia lleva regularmente consigo alguna porcion de carne ó animales vivos, como corderos ó cabritos, que arroja al sanguinario animal.

La razon que obliga á los habitantes de los paises cálidos del Asia á valerse de la onza para la caza, no es otra que la falta casi absoluta en que están de perros, pues puede asegurarse que no hay otros que los que allá se trasportan, y aun estos al cabo de algun tiempo pierden de todo punto la voz y el instinto; fuera de que tanto la

pantera como la onza y el leopardo, acometen al perro con preferencia á cualquier otro animal.

Los perros de caza en Europa, no tienen otro enemigo que el lobo; pero en unos paises llenos de leones, tigres, panteras, leopardos y onzas, que todos y cualquiera de ellos es mas fuerte y cruel que el lobo, no seria posible conservar los por mucho tiempo. La onza no está dotada de un olfato tan esquisito como el del perro, de modo que no sigue la pista á la pieza, ni aunque así fuera podría alcanzarla á la carrera; solo caza con la vista sin hacer, por decirlo así, otra cosa que lanzarse y coger la presa, pues lo que le falta en otras cualidades le sobra en agilidad para el salto, salvando á veces las mas anchas murallas y fosos. Generalmente trepa á un árbol para aguardar la caza al paso y precipitarse sobre ella, cuyo método de caza es tambien comun á la pantera y al leopardo.

Este último tiene las mismas costumbres é instinto que la pantera. Buffon dice no tener noticia de que en parte alguna hayan domesticado al leopardo, como sucede con la onza, ni de que tampoco los negros de la Guinea y del Senegal, donde se halla en abundancia, le empleen para la caza. Su tamaño es por lo comun mayor que el de la onza y menor que el de la pantera, y su cola es mas corta que la de aquella, á pesar de que tiene de dos pies á dos y medio de largo.

El célebre Cuvier el mas minucioso y exacto naturalista, niega que la onza pertenezca á la especie del gato, juzgando que á lo mas pudiera considerarse como una variedad de pantera blanquecina. Últimamente añadiremos que la descripción que dá Buffon de la onza, debería aplicarse con mas propiedad á un animal muy conocido en el dia con el nombre de guepardo, y que el leopardo de que habla el mismo autor como procedente del Senegal, es al que actualmente se llama pantera. Por lo que hace á los gatos de grandes manchas, ofrecen aun un vasto campo de dudas y confusion á los naturalistas observadores que tratan de ilustrar una materia en que tanto se ha divagado hasta ahora.



Caza por medio de la Pantera.